

Las Crónicas de Oasis I - Mundo Virtual

Daswake S.

LAS CRÓNICAS DE OASIS MUNDO VIRTUAL



Daswake

Capítulo 1

Capítulo 1: Supervivencia

Los ojos de Jarel se abrieron justo a tiempo de observar como una flecha se dirigía directa hacia su cabeza, dándole escasas milésimas de segundo para poder esquivarla. Un fino hilo cálido comenzó a brotar por su mejilla, e instintivamente elevó la mano para tocarlo, pudiendo notar incluso en plena noche el color carmesí que tintaba sus dedos.

Sin perder un solo segundo más se incorporó en medio de un mar de silbidos, esquivando en el proceso numerosas flechas que se precipitaban desde el cielo en su busca. No podía vislumbrar las manos que empuñaban los arcos cuyos proyectiles se afanaban en el intento de introducirse en su cuerpo para arrebatarse su último aliento, pero sí que podía observar ante sus ojos un camino tenuemente alumbrado por antorchas.

El sonido de un cuerno le hizo estremecerse, al igual que las llamas, las cuales se mecieron violentamente como sopladas por un ente sobrenatural que parecía haber tomado vida en el lugar. De repente todo quedó en absoluto silencio: ni los silbidos de las flechas, ni el crepitar del fuego, ni el viento moviendo las hojas de los árboles, nada. Sin embargo, esto duró poco, pues instantes después todo el caos regresó al son de los rugidos de tres fieras que saltaron desde las sombras del denso bosque que le rodeaba.

Parecían panteras, pero se movían mucho más ágiles, y algo similar a una máscara cubría sus rostros. No estaba muy seguro de qué criaturas se trataban, pero tampoco tenía intención de pararse a averiguarlo. Sin dilación echó a correr en sentido contrario a las bestias siguiendo el camino, pues a su vereda estaban las únicas luces que alumbraban la oscura noche selvática en la que se encontraba.

La carrera por salvar su vida había comenzado. No resultaba nada fácil perder de vista a aquellas criaturas, y menos aún si no se arriesgaba a salir del abrigo luminoso del sendero, por lo que a cada paso podía notar cada vez más cerca sus fétidos alientos resoplando contra la nuca.

Finalmente, aunque no sin sentir cómo le daba un vuelco al corazón, Jarel decidió aventurarse fuera de la zona iluminada e internarse en la oscura espesura del bosque, pese a que un flechazo podría atravesarle en cualquier momento, o un paso en falso hacerle caer a merced de las fieras.

Sin embargo, era la mejor decisión, o quizá la única, ya que, si aún conservaba el pellejo era exclusivamente por su menor tamaño frente a

las bestias que amenazaban con arrancar sus entrañas de un arañazo, lo cual le favorecía al poder colarse entre los huecos de la maleza y ganar una ligera ventaja de terreno, la cual no tardó en verse reducida ante la rapidez de sus perseguidores en sortear los obstáculos, incluso haciendo uso de las alturas.

Y es que esas inmensas garras que le podrían arrancar la cabeza de un solo golpe les permitía a su vez trepar por los troncos de los inmensos árboles que crecían sin control en el bosque, saltando entre sus ramas y amenazando con abalanzarse sobre Jarel en cualquier momento, el cual elevó la mirada para observar dos grandes siluetas oscuras recortadas contra el cielo de la noche escasamente iluminado por unos tenues rayos de luna.

Su mirada se alternaba furtivamente entre sus perseguidores, que correteaban sobre las copas de los árboles, y la búsqueda de un camino al frente, consiguiendo a duras penas continuar avanzando a buen ritmo entre las ramas y zarzas que poblaban el lugar, aunque no sin rasgarse en varias ocasiones la ropa y provocarse numerosos arañazos.

Jarel, en una de sus miradas hacia lo alto, casi pudo observar el giro de cuello de una de las bestias, como si estuviese calculando la mejor trayectoria de salto sobre él. Fue tan sutil, y veía tan poco en la oscuridad, que creyó habérselo imaginado, pero su instinto le hizo realizar una finta hacia la izquierda, lo que le salvó de la salvaje arremetida de la fiera, uñas en ristre, donde instantes antes se encontraba él.

Sin embargo, el ataque de su otro perseguidor no lo vio venir, sintiendo la fuerte punzada de dolor al clavarse en su piel las afiladas garras del animal, si es que podía llamarse así a aquella cosa, saliendo proyectado hacia delante debido al fuerte empujón, lo cual, por increíble que pudiera parecer, le salvó la vida, ya que cayó en una depresión del suelo entre varias ramas muertas, lo que le permitió ganar unos segundos mientras la fiera intentaba destrozarlas para arrastrarse hacia el interior de un tronco hueco apenas un par de metros más adelante.

Pese a los múltiples orificios de la corteza y la palpable humedad de la misma, parecía que aguantaba bien las arremetidas de su perseguidor, el cual, ante su incapacidad para romperlo o introducirse por el mismo orificio por el que acababa de entrar su presa, empezó a merodear sobre el tronco y meter la zarpa por los pequeños agujeros que había a lo largo del mismo, obligándole a Jarel a esquivar cada uno de sus embistes como podía en el escaso hueco del que disponía.

La otra fiera no quiso quedarse atrás, por lo que comenzó a su vez a intentar meter su boca por los huecos que encontraba, a través de los

cuales podía oler el aroma de su ansiada presa.

Cada segundo que pasaba sin alcanzar su objetivo, ambas bestias parecían ver aumentada su sed de sangre, insistiendo con mayor ahínco, hasta que una de ellas clavó sus garras en el rostro de la otra por error, la cual seguía empeñada en introducir su afilada dentadura por un hueco claramente inferior al necesario, lo que la hizo enloquecer con un fuerte alarido de dolor, abalanzándose contra la primera.

Jarel no dudó y aprovechó esa nueva y escasa ventana de oportunidad que se había generado para volver a escapar, de lo cual no tardaron en darse cuenta las dos bestias, que cesaron en su lucha para volver a la carga contra su presa.

Una vez más la distancia que pudo ganar Jarel fue escasa, viendo como rápidamente se veía reducida segundo tras segundo, hasta volver a tener a ambas bestias pegadas. Sin embargo, de frente se encontró un problema aún mayor, puesto que súbitamente el bosque había llegado a su fin, y ante él se hallaba un enorme abismo cuyo final ni siquiera podía vislumbrarse.

Las fieras pararon súbitamente, al igual que él, y como si pudieran saborear su cercana victoria, se relamían mientras avanzaban lentamente hacia Jarel, cada una por un lado, cubriendo toda posible retirada y obligándole a acercarse más y más hacia el precipicio.

No había ninguna salida más allá del más absoluto de los vacíos, oscuro como si del fin del mundo se tratase. Sin embargo, el ser devorado por esas criaturas no parecía un mejor final, así que cerró los ojos, abrió los brazos como si abrazase su muerte y se precipitó de espaldas al abismo.

Jarel realizó una fuerte y profunda inspiración, aguardando la llegada de su muerte mientras sentía cómo la gravedad impulsaba su cuerpo cada vez más rápido hacia el centro de aquella profunda oscuridad.

Justo cuando sentía que su final estaba a punto de llegar, Jarel notó cómo su caída se frenaba, y abrió los ojos para ver cómo el cielo y el bosque que aún podía ver en la lejanía se desintegraban en numerosos fragmentos que se disolvían y daban paso a un fulgor que lo cubría todo.

- Justo a tiempo... -susurró Jarel, dejando escapar un suspiro de alivio al sentir como su cuerpo quedaba suspendido en el aire.

La oscura noche en aquella peligrosa selva fue sustituida por una preciosa y luminosa ciudad de altos y modernos edificios, acompañada del doloroso golpe de su espalda contra el frío pavimento.

Un fuerte quejido amenazó con escapar de su boca, pero finalmente pudo controlarse y ahogarlo para evitar revelar su posición a posibles adversarios en las cercanías, lo que le llevó a sentir el férreo sabor de la sangre en su boca al morderse la lengua por error.

Maldiciendo para sus adentros, Jarel se incorporó y observó aquel cálido lugar. Parecía que el nuevo escenario de batalla se presentaba, por lo menos, más civilizado que el anterior, donde una tribu caníbal se había afanado en darle caza para servirle en el plato de la cena.

Mientras se sacudía las ropas y se quitaba el polvo de su despeinado y corto cabello rubio, comenzó a otear en busca de enemigos. Debía asegurarse de que no corría peligro inmediato antes de comenzar a explorar.

La ciudad parecía desierta. Se encontraba en un mirador que daba al inmenso océano, límite de la isla flotante sobre la que se erigía esa ciudad de altos rascacielos de color blanquecino llenos de tonos dorados y enormes cristaleras azuladas.

Había mucho viento, lo cual no era sorprendente teniendo en cuenta que se encontraba en el extremo de una ciudad en mitad del mar, pero lo que no tenía mucho sentido era la gran cantidad de arena que transportaba el mismo, ya que no parecía haber ninguna playa en las inmediaciones, siendo todo construcción.

“Cualquier cosa por sorprender a las masas”, pensó Jarel, incapaz de comprender algunas veces de donde provendría tamaña inspiración por parte de los programadores.

Casi podía oír los gritos, silbidos, abucheos y aplausos que, instantes antes, cuando casi había muerto en el abismo de la selva durante su intento de huir de aquellas temibles criaturas, habría proferido la audiencia, tanto la que se agolpaban en el estadio como la que veía el espectáculo desde la comodidad de sus hogares.

Un crujido en las cercanías fue todo lo que necesitó para lanzarse rodando tras un vehículo y evitar el arpón que se incrustó en el suelo que instantes antes se encontraba pisando.

- ¡Fallaste! - soltó Jarel con una sonrisa, mientras arrancaba uno de los embellecedores dorados que cubría la chapa del coche para usarlo de arma contra su agresor.

- No te creas... - respondió una voz femenina con voz cortante desde el otro lado de su cobertura.

El joven volvió la vista a su derecha y pudo entender rápidamente a lo que se refería, aunque ya era demasiado tarde como para hacer nada al respecto. El arpón soltó un chasquido e inmediatamente comenzó a emitir una descarga eléctrica que se propagó rápidamente por los charcos de agua que cubrían el suelo del mirador, penetrando por el cuerpo de Jarel y haciéndole convulsionar unos instantes antes de cesar y dejarle completamente paralizado en el suelo.

- Creo que esta ronda saldré de aquí - concluyó la chica, que desencajó el arpón del suelo y se dispuso a ejecutar a su rival.

Jarel intentó moverse, pero sus atezados músculos apenas respondían, así que lo único que pudo hacer fue observar si lo primero que le mataba era el arpón contra su pecho, o el brillo del fusil que un par de edificios más allá acababa de delatar el inminente disparo que se iba a realizar sobre la mujer que amenazaba su vida, tras lo que seguramente acabara también con su vida si aquello le divertía, ya que solo era necesaria una baja para clasificarse para la siguiente ronda.

Fuera como fuese, no se paró a pensarlo, ni siquiera sabía si lo había hecho por salvar la vida a aquella chica o por salvar la suya propia, pero con el escaso movimiento que aún le quedaba dio una patada al mando que llevaba la joven colgado del cinto, activando otra descarga eléctrica que le sacudió el cuerpo al tiempo, tirando a su vez a la chica al suelo, rebotando la bala del francotirador en el dorado muro metálico que había a sus espaldas.

Si sus cálculos eran correctos, cosa improbable teniendo en cuenta las irregularidades de la realidad virtual que voluntariamente habían introducido los programadores de aquel macabro reality show con el objetivo de aumentar la emoción, debería tardar al menos cinco segundos en recargar el fusil.

Por una vez parecía que no se les había ido de las manos y que aquel escenario mantenía cierto realismo, ya que dio tiempo antes de recibir un nuevo disparo a que se le pasase el shock eléctrico y poderse levantar para ocultarse detrás del vehículo nuevamente, puesto que la sacudida de la primera descarga le había sacado de su cobertura.

Parecía que la mujer que instantes antes había intentado matarle no iba a cesar en sus intentos, seguramente debido al hecho de que parecía no haberse dado cuenta del impacto de bala que había recibido el muro, porque su instinto fue blandir su arma nuevamente contra Jarel en lugar de protegerse del nuevo ataque del francotirador.

Si la primera vez que el joven actuó dudó del motivo, la segunda vez le resultó evidente que lo había hecho por bondad hacia su rival, ya que le hubiese resultado más sencillo dejar que se encargara de ella el tirador y

no esquivar la arremetida de la joven, arrebatarle el arpón y realizar una llave para desequilibrarla y precipitar su cuerpo a resguardo del vehículo justo a tiempo de esquivar el segundo disparo.

- No me lo puedo creer - susurró Jarel con frustración al darse cuenta de que la mujer al caer había vuelto a no escuchar el golpe de la bala, esta vez contra la carrocería, y trataba de incorporarse para arremeter nuevamente sobre él.

La joven parecía ligeramente aturdida, ya que no le costó mucho a Jarel situar los brazos de la joven a su espalda y aprisionarla contra el suelo para evitar que se incorporase.

- Quieta - dijo Jarel mientras intentaba asomarse por la ventanilla para vislumbrar una posible escapatoria a la vez que oponía resistencia a los numerosos intentos que hacía la chica de soltarse.

Un tercer disparo estuvo a punto de impactar contra su cabeza, transformando las ventanillas delanteras del coche en una lluvia de cristales que se precipitó sobre él, obligándole a agacharse bajo el abrigo de su cobertura. En ese momento fue consciente de que su rival había dejado de oponer resistencia.

Rápidamente se dispuso a tomarle el pulso, ya que por su mente había pasado fugazmente el pensamiento de que la había ahogado de tanto esforzarse en reducir sus movimientos, pero nada más lejos de la realidad. Tras el último disparo la mujer había cesado en su empeño de liberarse al ser consciente por primera vez de esa nueva amenaza que hasta ahora le había pasado desapercibida.

Ahora libre de la presión que ejercía Jarel contra ella, la joven se incorporó manteniéndose agachada, y tras intercambiar una breve mirada con Jarel, como si le estuviera diciendo que ya no era una prioridad acabar con su vida, se apoyó sobre él para romper el retrovisor sin dejar la protección de la cobertura.

Tras aguardar unos instantes aferró su arpón y le hizo una señal con la cabeza a Jarel, indicándole el camino de inicio de un parque delimitado por un muro de ladrillo que se encontraba unos metros más allá del parking del mirador en el que se encontraban.

Finalmente cogió impulso y lanzó el retrovisor al lado contrario del que echaron a correr, pudiendo escuchar como un disparo certero lo hacía estallar en pedazos, sirviéndoles de salvaguardia gracias al tiempo de recarga que acababan de ganar.

Ambos respiraron aliviados al llegar a su nuevo lugar seguro, pero en seguida se dieron cuenta de algo que habían pasado por alto en pos de

aquella improvisada alianza frente a una nueva amenaza, y era que una vez superada volverían a ser rivales.

Inmediatamente ambos se pusieron en guardia, y la joven arremetió contra él arma en mano, pero Jarel estaba preparado para recibir el golpe y pudo esquivarlo con facilidad, aferrando su brazo, haciéndole soltar el arpón y realizando una llave que fue contrarrestada con facilidad por la chica.

Tras soltarse y dar un paso atrás, se miraron brevemente antes de volverse a lanzar a la carga. El joven hizo el amago de ir de frente, pero en el último momento saltó sobre el muro y empleó el impulso para lanzar un fuerte puñetazo contra ella, que se apartó a duras penas, tropezando con una roca que la hizo desequilibrarse y caer sobre el firmamento. Sin embargo, no era nueva en eso del combate, así que aprovechó aquella circunstancia para girar su cuerpo nada más caer y golpear las piernas de su rival, que se precipitó a su vez al suelo con un golpe sordo.

La joven no perdió un solo segundo y se abalanzó sobre él, inmovilizando sus brazos con las piernas y amenazando su cuello la punta de su afilado arpón que con increíble rapidez había conseguido recuperar del suelo en lo que había tardado en ponerse encima de él.

Los dos se quedaron estáticos, cazadora cernida sobre su víctima, y presa expectante de lo que sería de su vida.

El ondulado cabello castaño de ella se precipitaba en remolinos sobre el rostro de Jarel, solo permitiéndole atisbar el fiero brillo de unos ojos ambarinos cuando su jadeo lo mecía, separándolo de su cara.

Ambos sostuvieron la mirada durante lo que parecieron minutos, antes de que ella soltase su arma en señal de paz.

- Te debía una - sentenció la joven, aun inmovilizando a su rival.

- Sabia decisión - respondió él a su vez, con una enorme sonrisa de sorna en su rostro.

Ella extrañada se apartó unos centímetros de él para ver qué era lo que le hacía tanta gracia, y no pudo evitar poner cara de asombro al contemplar cómo, pese a estar inmovilizado, se las había ingeniado para hacerse con un trozo de espejo que presumiblemente se había guardado en el bolsillo poco antes de su carrera hacia el parque, y apuntaba directo hacia su femoral.

La joven suspiró mientras se ponía en pie y dejaba libre a su supuesta presa, que había demostrado no estar a su merced, y que ahora se había

incorporado y le tendía la mano:

- Jarel, un placer no matarte - se presentó en tono jocoso.

- ¿Tienes idea de para qué se creó este concurso? ¿O es que eres el típico gracioso?

- Un poco de ambas - respondió sin poder evitar mantener la sonrisa en su rostro, pese a saber que eso no le granjearía la simpatía de la joven.

La chica suspiró nuevamente mostrando su exasperación, dándose la vuelta y reemprendiendo su camino, ignorando claramente a su contrincante.

- Al menos me podrías decir tu nombre - insistió Jarel, que había comenzado a andar tras ella-. Ya sabes, por educación y tal.

- ¿Con qué fin? ¿Para que, en el caso de que tengamos tanta suerte de sobrevivir hasta las rondas finales, podamos poner nombre al cadáver del otro cuando nos veamos obligados a matarnos?

- Las reglas son cambiantes, quizá tengamos tanta suerte como para sobrevivir y acabar en una ronda de grupos colaborativos.

- Si eso divierte a las masas, quizá - comentó la joven sin aminorar su paso.

Jarel la siguió a cierta distancia mientras echaba alguna que otra mirada hacia atrás pendiente de que el ruido que había ocasionado su reciente pelea no hubiese alertado de su presencia a algún enemigo distinto del aquel francotirador, que dada su distancia era improbable que les siguiera el paso.

Ahora eran presa fácil, puesto que podían rastrear los destrozos y tenderles una emboscada, por lo que debían irse de allí con relativa rapidez, aunque evitando correr o hacer cualquier tipo de ruido.

Mientras avanzaban a través del parque tratando de ocultarse entre los árboles para no exponerse en exceso, Jarel se planteó en que estaba pensando cuando se arriesgó para salvar a aquella joven. Con una muerte te asegurabas el paso a la siguiente ronda, por lo que no era habitual hacer amigos durante el concurso, o al menos no en las fases de clasificación individual, donde todos eran enemigos. Quizá podría llegar a plantárselo en los eventos por equipos, aunque nunca podías fiarte de nadie, ya que en cualquier momento podrían aprovechar la oportunidad de acabar con uno de sus aliados temporales para así asegurarse un rival

menos en la siguiente ronda.

Llegados a ese punto de razonamiento, se dio cuenta de que no debía pecar de exceso de confianza con la joven y vigilar sus pasos también por delante, ya que en cualquier momento podría volverse en su contra, y lo peor es que ni siquiera podría culparla. Pero pasados unos minutos de interminable silencio, decidió intentar entablar conversación con ella:

- ¿Qué haces en el concurso? - preguntó Jarel en voz baja, evitando llamar la atención más de lo necesario, y al no recibir respuesta, planteándose la posibilidad de que la joven no le hubiese oído en vez del más plausible hecho de que le pudiera estar ignorando, se dispuso a recortar distancia con ella y a volver a formular su pregunta.

Apenas habían recorrido unos metros cuando la joven, tras apartar las ramas de un árbol mientras intentaba avanzar por medio de una zona inusualmente tupida y bien resguardada, emitió un leve quejido y se llevó la mano al hombro izquierdo, el cual Jarel pudo apreciar que sangraba. A Jarel se le pasó por la cabeza brindarle su ayuda a la chica para vendarle el corte, pero igual de fugaz que le llegó la idea se le fue, puesto que sabía de antemano la respuesta, y aunque no se negara a ello, seguía sin saber si debía acercarse más de la cuenta.

Sin embargo, le era difícil apartar la mirada del sangrante brazo de la chica. No parecía que fuera a comprometer la viabilidad de su extremidad, pero tenerla dolorida iba a ralentizar sus movimientos, y eso podía llevarla a la muerte, y a él con ella si seguía con la estúpida aunque firme idea de colaborar con ella.

- Riva - susurró de repente la joven, pillando a Jarel por sorpresa, que ensimismado en sus pensamientos dio un respingo justo a tiempo de ver cómo la joven se había internado a través de los árboles y se disponía a cruzar un pequeño riachuelo artificial.

Jarel no contestó, pues pensó que esa mujer era del tipo de personas que es mejor darles espacio para que confíen en ti a su debido tiempo, sin insistencia ni presiones, por lo que se limitó a seguir sus pasos.

Ambos continuaron caminando y manteniendo las distancias, si bien ahora se encontraban ambos a la misma altura, puesto que ninguno parecía querer darle la espalda al otro, intentando así mantener esa tensa alianza que tanto esfuerzo les estaba costando, ya que ambos sabían que no tardaría en acabar.

Finalmente, tras varios minutos más de caminata, llegaron a la salida de aquel cuidado jardín que aportaba la nota de color en mitad de la brillante y luminosa ciudad en la que se encontraban, llegando a una calle rodeada

de altos edificios.

Tras unos instantes en los que ambos revisaron las inmediaciones con la vista en busca de amenazas, fue Jarel el que volvió a hablar:

- ¿Mataste a alguien? - inquirió el joven, incapaz de seguir manteniendo aquel silencio que podía cortarse con un cuchillo, mientras se rascaba la incipiente barba que le había crecido durante los pocos días que llevaban de concurso-. ¿Robaste algo importante? ¿Sabías algo que se supone que no deberías saber?

Riva se tomó su tiempo nuevamente para contestar, aunque finalmente lo hizo, y pese a ni siquiera dignarse a mirarle, mostrándose fría e indiferente, le confió su verdadero motivo para encontrarse en aquel campeonato, aun sin ahondar en detalles:

- Busco a alguien.

- ¿Que hizo alguna de esas cosas? - inquirió Jarel con un leve tono burlón, en un vano intento de apaciguar el tenso ambiente que había entre ambos, y al mismo tiempo buscar más información con la que saciar una curiosidad que se había generado entorno a aquella fría mujer.

Durante un segundo pareció que su estrategia había surtido efecto y que Riva abría la boca para contarle algo, pero rápidamente la sonrisa de Jarel se borró de su rostro al ver como la joven se agachaba para protegerse tras una maceta a la derecha de la calzada que comenzaba a la salida del parque.

No tardó en seguir su ejemplo, adoptando en su caso una cobertura similar pero al otro lado de la calle, atravesándola rápidamente agachado y sin hacer ni el más mínimo ruido. Lentamente Jarel se asomó sobre el brillante mármol tras el cual se parapetaba para vislumbrar el motivo de la reacción de Riva: un hombre de avanzada edad y abundante barba sentado sobre el capó de un coche que afilaba un machete mellado un par de calles más adelante.

Ambos intercambiaron una breve mirada, a lo que Riva movió los labios para desearle suerte mientras esbozaba una breve sonrisa, que Jarel casi creyó haberse imaginado, y acto seguido lanzarse a la caza de aquel nuevo objetivo.

La joven aprovechó el factor sorpresa y lanzó el arpón eléctrico contra su rival, pero el hombre, o bien había fingido estar distraído para jugar bien sus cartas, o tenía grandes reflejos, y lo esquivó apartándose levemente hacia un lado sin apenas inmutarse. Acto seguido sacó de dos pistoleras ocultas bajo una negra gabardina dos revólveres cuyas balas descargó contra Riva, que apenas tuvo tiempo de esquivarlas rodando bajo la

protección de un lujoso vehículo que quedó lleno de orificios.

Jarel, por su parte, se acercó al hombre a la carrera, el cual le obligó a agacharse al disparar una de sus armas contra él sin dejar de apuntar con la otra al vehículo tras el cual permanecía escondida la joven.

Mientras esquivaba la lluvia de balas, la cual atronaba al golpear contra las coberturas, no podía más que maldecir su suerte al no haber encontrado ningún arma en las dos últimas rondas.

Tras el asalto de aquel pensamiento, decidió que debía luchar por su vida, y mientras aquel hombre se centraba en él, Riva tendría más oportunidades de arrebatarse su billete hacia la siguiente ronda, por lo que aguardó parapetado tras el vehículo hasta que escuchó como todos los disparos se dirigían nuevamente hacia Riva.

Fue entonces cuando Jarel aprovechó para rodar por el suelo y acercarse lo suficiente a su rival para arrebatarse el machete que había dejado apoyado sobre el capó del coche. Sin embargo, no le salió la jugada como había planeado, dándose cuenta su contrincante del movimiento que acababa de ejecutar y dirigiendo de nuevo un revólver hacia él, descargando unas cuantas balas que casi le arrancan la mano cuando estaba a punto de sujetar el mango de su codiciada arma.

El cómo era capaz de disparar con semejante cadencia y a su vez recargar los revólveres era algo que no entendía, sin embargo, era muy posible que esas dos armas tuvieran munición infinita, cortesía de los sádicos programadores.

Una vez más Jarel tuvo que esconderse tras un vehículo para salvar el pellejo, y fue entonces cuando se le ocurrió una idea descabellada, aunque posiblemente buena. Si no tenía armas, tendría que tirar de ingenio, así que arrancó los dos tapacubos decorativos que estaban a su alcance, los aferró a sus brazos mediante los cordones de su zapato y saltó de nuevo al campo de batalla.

Durante un momento dudó de si estaba cometiendo una locura y al primer disparo se perforarían sus improvisados escudos y acabaría ahí su participación en el torneo, y con ello su vida. Sin embargo, las balas comenzaron a rebotar contra la fuerte aleación de la que estuviesen hechos aquellos discos, solo produciendo en los mismos unas ligeras abolladuras. Seguramente la facilidad para arrancarlos y su resistencia fuera otra gran idea de los diseñadores del concurso.

Tras rechazar varios disparos de su desconcertado rival se abalanzó rápidamente a por él, golpeando con uno de los escudos su brazo, haciéndole soltar el revólver, y con el otro su rostro, de tal forma que

quedó aturdido y ganó tiempo para hacerse con el arma.

La vida de aquel hombre estaba en sus manos, tenía un disparo claro y sencillo de su cabeza, por lo que justo cuando tras unos segundos escasos su contrincante comenzó a recuperarse decidió disparar. Sin embargo, la bala no se dirigió a su rostro, sino al otro brazo de su víctima, haciéndole quedar completamente desarmado y a merced de Riva, que ganó el tiempo suficiente para recuperar y clavar su arpón en la garganta del rival, que cayó desplomado al suelo sujetándose la garganta mientras emitía un horrible gorgoteo producto de su sangre al mezclarse con el aire que salía de su perforada tráquea.

Instantes después todo se quedó estático: el viento que les mecía, las olas en la distancia, la arena que flotaba en el ambiente... Un campo de fuerza azulado rodeó el cuerpo de Jarel, mientras observaba como la víctima se desintegraba antes sus ojos y el de Riva desaparecía bañado por una luz blanquecina mientras ésta se volvía para dedicarle una última mirada.

Mientras todo a su alrededor comenzaba a fragmentarse y a ser devorado por el mismo fulgor que ya había visto al final de cada fase, Jarel pensó en cómo había regalado su oportunidad para clasificarse a su rival, y vio cómo su preciada arma de munición aparentemente infinita desaparecía de sus manos junto a todo lo demás.

Capítulo 2

Capítulo 2: Anoxia

Al fin pudo Riva abrir los ojos en la vida real, pudiendo observar cómo a su alrededor, en la plataforma central del estadio, el resto de participantes permanecían sumergidos en el profundo trance de la realidad virtual que los programadores del show habían diseñado, mientras los asistentes al estadio Immersion gritaban, silbaban o aplaudían como si les fuese la vida en ello.

Una a una, todas las agujas que perforaban su piel fueron retrayéndose para liberarla de su prisión virtual, pero lo que no la abandonó fue el intenso dolor provocado por su última pelea en la ronda que le había valido la clasificación, y es que esas máquinas sobre las que se sentaban conseguían dotar a través de todas aquellas jeringas de un increíble realismo al mundo ficticio a través de diversas descargas eléctricas y neurotransmisores que producían en su cuerpo una respuesta real basada en la simulación que tan orgullosos retransmitían al público a través la gran pantalla holográfica que flotaba sobre sus cabezas, y a nivel global a través de la red en toda la ciudad.

Una vez el artilugio que la había mantenido conectada dejó de emitir aquel molesto zumbido, dos guardias de seguridad se acercaron a Riva para ayudarla a levantarse de la silla y escoltarla hacia la sala de recuperación.

Mientras se ponía en pie y se aferraba a uno de los hombres para evitar caer al suelo producto del mareo que sentía tras su retorno a la realidad, pudo oír como los altavoces resonaban para anunciar el comienzo de una nueva ronda.

“No pierden el tiempo”, pensó Riva, aun parpadeando en un intento de acelerar la recuperación de su consciencia, que se había quedado algo adormecida por la experiencia.

Instantes después, todo el público gritaba de excitación mientras los cuerpos de los participantes aún conectados se contraían debido a la conexión con el nuevo mapa del evento tras unos instantes de estasis precedentes a la carga de la simulación.

Por lo que pudo ver en las abundantes pantallas que se disponían por todos los lados del estadio, la nueva ronda se desarrollaba bajo el agua, y por mucho que los concursantes supieran que no se trataba de nada más que una simulación, el realismo era tal que sus cerebros no eran capaces de mantenerse al margen y les hacían sentir la misma angustiosa

claustrofobia que sufrirían si se encontrasen en una situación similar real.

Daba igual que en el mundo virtual te hubiesen roto una pierna y en la realidad estuvieses cómodamente sentado en aquél metálico artilugio, al despertar te dolería como si aún tuvieses esa fractura. En la mayoría de los casos esos efectos eran recuperables, pero si morías conectado a aquella máquina, el cerebro generalmente no se recobraba del shock, produciendo un coma que la silla se encargaba de solucionar con una inyección letal de anestésico.

Riva recorrió el escenario sorteando al resto de participantes, ya valiéndose por sí misma, pero sin dejar de ser escoltada por aquellos dos fornidos hombres vestidos de negro que la habían ayudado a caminar. Sabía a donde debía dirigirse, rumbo a una puerta al extremo izquierdo de la plataforma que conducía a un moderno edificio lleno de luces. Cubriendo el luminoso suelo blanco y elevándose sobre los cuerpos de los contendientes podía verse una ligera neblina producto del refrigerante empleado para mantener durante tanto tiempo las máquinas de realidad virtual trabajando a máximo rendimiento sin sobrecalentarse en exceso, el cual los ingenieros no se preocuparon en ocultar debido al efecto cinemático del que dotaban al escenario, pero aun así Riva pudo vislumbrar antes de cruzar el umbral a aquél hombre que le había brindado en bandeja la oportunidad de clasificarse para la siguiente ronda.

Sin embargo, su mirada no se mantuvo ahí mucho tiempo, ya que por mucho que se lo agradeciera, no era él a quien buscaba, y no debía perder más tiempo. Sin embargo, tampoco tuvo tiempo de buscar más, puesto que la instaban a atravesar el marco de la puerta y a subir unas escaleras cristalinas luminosas que conducían a un segundo piso en el que había una gran cristalera que daba a la plataforma de concursantes que acababan de abandonar.

Numerosos asientos, denominados sillas neurosensoriales, se distribuían por la sala, y en la esquina derecha había una barra con una joven y guapa camarera que portaba un lujoso vestido de fiesta moderno, la cual servía con gran maestría cócteles al resto de clasificados. Viendo lo brillante y lujosa que era aquella estancia, aderezada con la esencia de las aromáticas bebidas, casi podía olvidarse del horror que había pasado durante las últimas rondas.

En frente, al otro lado del estadio, se erguía un edificio similar, en el que presumiblemente otros clasificados también podían relajarse mientras observaban como se desarrollaban el resto de las rondas.

Por toda la pared de barnizada madera de aquel bar había numerosas televisiones que retransmitían a través de diversas cámaras virtuales lo que estaba sucediendo en la otra realidad, mientras que en la enorme

pantalla holográfica del centro del estadio, rodeada de otras tantas secundarias más pequeñas, se centraban en enseñar las escenas más interesantes que trascurrían en directo al son de unos elocuentes comentaristas que se esforzaban en enfatizar el carácter festivo del evento.

La mirada de Riva recorrió nerviosa todas las pantallas intentando encontrar a la persona que buscaba, conteniendo el aliento casi tanto como todos aquellos participantes que veían como el agua que penetraba en el ficticio y destartalado submarino en el que se desarrollaba la ronda aumentaba de nivel poco a poco e iba cubriendo sus cuerpos.

La mayoría de ellos corrían de un lado a otro, abriendo puertas y subiendo escaleras para intentar alcanzar a la parte superior del submarino, pero lo que pocos sabían es que se encontraban a kilómetros de profundidad, y que la fase no estaba hecha para poder llegar a la superficie, sino para ver quien se ahogaba antes.

Y mientras eso sucedía, la pareja de comentaristas alternaba algunas escenas de la fase anterior con la actual aportando datos curiosos a los espectadores, como el de que por primera vez en la historia del concurso, los dos escenarios de rondas consecutivas se trataban realmente de uno mismo, pues aquel submarino se hallaba realmente en las aguas colindantes de la dorada ciudad donde Riva se había alzado con la victoria.

Riva, haciendo caso omiso a toda la palabrería que tan poco le importaba acerca del Virtual Reality Championship, mantenía la mirada puesta en una de las pantallas de la sala, pudiendo observar cómo un joven que apenas parecía haber cumplido la mayoría de edad se hallaba encerrado en una pequeña estancia del submarino luchando por abrir la compuerta metálica que le separaba del pasillo y su posible salvación, mientras el cristal quebrado que había a sus espaldas dejaba pasar un chorro de agua cada vez más grande que hacía subir el nivel en la habitación rápidamente, amenazando con ahogarle.

Por un instante sintió pena de él, pero fueron los gritos que profería la multitud de las gradas del estadio los que la hicieron recordar que no podía permitirse mostrar empatía en aquel concurso. Ya había estado a punto de hacerlo en la anterior ronda, y no podía repetirse.

Mientras observaba con atención el destino de aquel chaval, cuya muerte significaría el final de aquella angustiada fase aunque fuera sin ganador alguno, la joven camarera, de cabello negro y mechones fucsia, puso una copa en la mesa anexa al sillón sobre el que se hallaba la ganadora de la última ronda, dedicándole una leve sonrisa.

Riva le dio las gracias, tomó la copa entre sus manos y le dio un sorbo. No estaba de humor para celebrarlo, pero era agradable sentir al fin algo real en los labios. Era una bebida suave y dulce, pero refrescante, y por el aroma pudo deducir que estaba hecha a partir de un destilado de ginebra con agua carbonatada y extractos luminiscentes de tonos verdosos cambiantes y centelleantes. Demasiado sofisticada para su gusto, prefería las bebidas más toscas monocromáticas de su distrito, pero no le iba a hacer ascos.

Una gran ovación la sacó de sus pensamientos y obligó a dirigir su mirada a la gran pantalla, que en esos momentos proyectaba la repetición de cómo un buzo con un martillo neumático había entrado en conflicto con otro de los concursantes, y debido al forcejeo había rasgado una de las paredes del estrecho pasillo donde se encontraban, abriéndole una vía de escape inesperada al joven del camarote, el cual abrió la puerta y golpeo sin querer al buzo. Los dos concursantes que quedaban en pie se observaron durante unos instantes, pensando en si lanzarse a por el martillo, que había quedado tendido en el inundado suelo metálico, o salir huyendo de allí, y fue finalmente el miedo el que se impuso y cada uno corrió en dirección opuesta.

Ahora el gran holograma suspendido en el escenario mostraba la retransmisión en directo de como el buzo se incorporaba de forma tosca y pesada y volvía a coger el martillo. Parecía que los programadores habían decidido dotar de más emoción a aquella ronda dándole armas en exclusiva a uno de los participantes para crear una especie de película de terror submarino con un psicópata intentando dar caza al resto mientras huían despavoridos buscando una salida que nunca encontrarían.

Riva comenzó a pasar rápidamente la vista entre las diferentes pantallas, perdiendo por completo el interés en su copa, manteniendo todos sus músculos en tensión al saber que la ronda actual se había convertido en una pesadilla que en cualquier momento acabaría con la vida de uno de los participantes, entre ellos la de su objetivo, que contaba con una gran desventaja. Fue nuevamente la reacción del público ante otro suceso, aunque esta vez se trató de sonoras carcajadas, lo que sacó a la joven de sus desesperanzados pensamientos.

Ahora lo que se veía en el centro del estadio eran las imágenes de Jarel mostrándoles el dedo presumiblemente a los programadores, mientras empuñaba una suerte de lanzallamas improvisado a partir de un soplete y un par de espráis de limpieza que había encontrado en la cocina. Los comentaristas no dejaron pasar la oportunidad para, también entre risas, comentar que esa era la primera vez que aquel tenía un arma decente en casi todo lo que llevaban de concurso, y tuvo que habérsela fabricado nuevamente.

La cámara principal cambió entonces para mostrar a la pareja de locutores debatiendo animadamente lo que estaba ocurriendo, y a continuación se dividió para mostrar dos tomas diferentes, la del submarinista del martillo y la de Jarel, además de la aparición de un mapa holográfico tridimensional adyacente que mostraba la ubicación de ambos.

Para sorpresa de Riva, de cada uno de los reposabrazos de los asientos de los palcos VIP de Immersion salió a su vez un pequeño plano del submarino, habiéndose incorporado unos pequeños proyectores tal y como explicaban los comentaristas con el fin de que los espectadores que habían pagado el pase estrella para el evento pudiesen controlar en todo momento donde se encontraba cada uno de los concursantes, lo cual les sería de gran ayuda para planificar sus apuestas.

Jarel y el submarinista aún se encontraban a cierta distancia el uno del otro, por lo que los programadores decidieron no arriesgarse a perder aquel posible combate épico en el concurso por el que tanto jaleaba la audiencia, y comenzaron a marcar en el mapa en rojo todas las compuertas que cerraban y en verde las desbloqueadas con las que asegurándose el encuentro entre ambos rivales a lo largo del laberíntico emplazamiento en el que se encontraban.

El resto de contendientes, que luchaban por sobrevivir a la inundación del sumergible, parecían haber pasado a segundo plano. Eso dejaba claro que lo único que les interesaba a los creadores del programa era el puro espectáculo. Y era tal la puesta en escena, que incluso Riva, que no quería perder de vista el resto de pantallas ni por un segundo, no podía evitar que su mirada se dirigiese en más de una ocasión a la gran pantalla que auguraba un cada vez más cercano combate uno contra uno.

Jarel avanzaba por el pasillo cautelosamente, con miedo de que alguna de las puertas que abriese resultase en una contundente tromba de agua que le arrastrase consigo, o que diera paso a un ataque feroz de un rival que acabara con su vida. El buzo, en cambio, se abrió paso más despreocupadamente, puesto que además de contar con una temible arma, el agua no suponía un peligro directo para él, pues la bombona que había a la espalda de su pesado traje supliría sin problemas la ausencia de oxígeno.

Apenas tres puertas separaban a ambos participantes, y el público comenzó a aumentar su excitación, golpeando sus asientos cada vez más rápido según se aproximaba el inevitable encuentro. Riva sintió náuseas ante semejante muestra de admiración por un espectáculo basado en el asesinato pese al sufrimiento que ya abundaba de por sí en la sociedad en la que vivían, aunque quizá lo hacían precisamente por eso.

Finalmente, los redobles se convirtieron en un estallido de júbilo cuando Jarel abrió la puerta que daba al corredor por el cual avanzaba el buzo,

produciendo una corriente de agua que les hizo a ambos perder el equilibrio y tener que aferrarse a alguna de las múltiples tuberías que surcaban las paredes.

Un primer plano de la cámara mostró una leve inclinación en la cabeza del buzo, delatora de la enorme sonrisa que debió dibujarse en su rostro al ver la cercanía de su ansiada victoria tras el anterior intento frustrado. Posteriormente, los organizadores pusieron una visión panorámica de ambos contrincantes observándose a un lado y otro del pasillo. Esa era la ventaja de tratarse de una simulación, que tenían libertada absoluta para hacer de cada toma un espectáculo.

Sin perder más tiempo, pues el nivel de agua cada vez era más alto y dificultaría sus movimientos, el buzo empuñó su martillo neumático y echó a correr hacia Jarel pesadamente, el cual se soltó de su agarre y retrocedió a lo largo del pasillo. Aquella huida no debió gustar a los productores ya que sin previo aviso el barco sufrió una sacudida que lo inclinó para dar el empujón que le faltaba al submarinista y ayudarle a deslizar con rapidez hasta su presa.

Ambos se precipitaron irremediamente hacia el fondo del pasillo, y el martillo neumático se clavó a escasos centímetros del rostro de Jarel, que quedó aprisionado entre el buzo y la pared. La única opción que tuvo fue propinarle un cabezazo a su agresor para hacerle retroceder aprovechando que la inclinación había vuelto a la normalidad, aunque la máscara protectora absorbió el impacto, lo que le ocasionó un fuerte dolor de cabeza que amenazó con hacerle perder la consciencia. Apenas unos instantes después, el buzo volvió a abalanzarse sobre él, pero Jarel logró esquivarle a tiempo, viendo como entonces su rival aferraba el martillo para desincrustarlo de la pared metálica y acabar con él.

Ese breve lapso de tiempo hasta que lo sacase de allí le sirvió a Jarel para desenfundar su improvisado lanzallamas y presionar el gatillo hacia su enemigo, envolviendo en llamas la cabeza del buzo. Lo que no pudo prever, y le hizo maldecir una vez más su suerte, fue que el material de su traje era ignífugo, haciendo inútil su ataque y permitiéndole a su contrincante ganar el tiempo necesario para recuperar su arma, la cual no tardó en poner en marcha de nuevo para arremeter contra Jarel.

Éste comenzó a alejarse por el cada vez más inundado pasillo aferrándose a cuanto había a su paso para ayudarse a avanzar, aprovechando la leve pero superior velocidad de movimiento que le permitía no contar con ninguna armadura, pero cuando apenas llevaba unos metros de distancia ganados, el barco volvió a cambiar de inclinación para juntar a ambos contendientes de nuevo.

Riva ahora prestaba toda su atención a la gran pantalla en la que ambos rivales estaban sumidos en una encarnizada lucha a la que los

programadores no hacían más que contribuir, aferrando cada vez con más fuerza la copa que aún permanecía en su mano con los hielos ya casi derretidos pero la bebida prácticamente intacta.

Pero algo captó su atención, así como la del resto del público, que se quedó en completo silencio repentinamente. En un nuevo cuadro que emergió en una esquina de la gran pantalla se mostraba la imagen de una chiquilla morena de cabellos largos y piel pálida que se aproximó a un muro donde había un agujero de pequeño tamaño y se ponía de puntillas para observar con sus verdosos ojos a través de él.

Riva ahogó un grito y apretó inconscientemente con mayor fuerza la sofisticada copa que sostenía entre sus dedos, que le comenzaron a doler, no bastando eso para que apartase sus ojos de aquella niña ni aminorara la tensión de sus músculos.

La había encontrado al fin, pero parecía que sus peores pesadillas estaban a punto de hacerse realidad.

Jarel se las había ingeniado para esquivar nuevamente a su rival, pero eso parecía dar igual ya que con cada nueva finta el barco cambiaba de rumbo con el fin de juntar a ambos nuevamente en busca de la sangre que tanto ansiaba el público por ver, inspirados además por la música épica que había comenzado a sonar por todo el estadio.

Una vez más el buzo se abalanzó hacia Jarel enarbolando su arma, pero esta vez no le esquivó, sino que amenazó con realizar una finta con el fin de provocar un nuevo giro del subacuático y volverlo a su favor, aferrándose de un salto a una de las tuberías del techo y dejando pasar a su enemigo por debajo, el cual intentó detenerse, pero fue incapaz de contrarrestar la inercia y acabó una vez más contra el muro, permitiéndole a Jarel para descargar su arma nuevamente contra él, pero esta vez apuntando a la bombona que llevaba a su espalda.

Todo el estadio rompió en vítores, aplaudiendo mientras la explosión destrozaba el lugar, lanzando a ambos contendientes por los aires y convirtiendo todo en una vorágine de fuego, agua y humo. Era tal el ensordecedor griterío que se propagó por el estadio que nadie se percató en la sala cuando la copa que Riva había sostenido tan fuertemente durante todo ese tiempo se hizo añicos entre sus dedos.

La joven entonces se levantó de la silla para pegarse al ventanal que daba al estadio, sin apartar la vista de la gran proyección que flotaba sobre ellos, la cual seguía mostrando tan solo una nube de humo negro donde instantes antes había tenido lugar la explosión.

Tras aguardar unos instantes de suspense, los técnicos de imagen aplicaron un filtro de visión térmica, con el cual se pudieron ver tres

cuerpos tendidos en el suelo, uno de los cuales era indudablemente el de una niña pequeña.

Riva sintió cómo su corazón daba un vuelco y comenzaba a latir tan fuerte que parecía que se le iba a salir del pecho, pero entonces recordó que si la ronda no había acabado aún era porque nadie había muerto.

Con eso en mente, la joven volvió a tomar asiento y entrelazó las manos frente a su rostro mientras intentaba controlar su respiración y calmarse, intentando evitar que el resto de participantes allí presentes se diesen cuenta de cómo aquella chiquilla la podía afectar, ya que eso sería peligroso tanto para ella como para la niña.

Fue entonces cuando reparó en un verdoso brillo en el suelo, producto de un dispositivo que había permanecido oculto en uno de los hielos de la copa, camuflado con el resto de pigmentos luminiscentes del coctel.

Riva miró nerviosa a su alrededor, asegurándose de que no había miradas posadas sobre ella, y entonces alargó su mano para coger el auricular e introducirlo en su oído.

- ¿Tran? ¿Tran? ¿Me oyes? - susurró la joven mientras se mesaba el cabello para disimular su movimiento de labios.

- Buenas noches, Riva.

Capítulo 3

Capítulo 3: Conexión

- Muy bien, ¡allá voy!

Tran era un hombre intrépido y jovial que no llegaba a la treintena, de aspecto desaliñado, con una larga melena castaña que colgaba sobre sus hombros, enmarcando unas facciones parcialmente ocultas por una barba de una semana.

Una enorme sonrisa se dibujaba en su rostro, sorprendentemente cálida para alguien con un aspecto tan descuidado. Si algo le gustaba a Tran era la adrenalina, por lo que nunca dudaba en lanzarse desde lo alto de un edificio, como en esa ocasión, sobre todo si con ello lograba cumplir su misión.

Mientras descendía haciendo rapel por la fachada del cuartel general de cuerpo de seguridad privada NeoWard, contratados por los organizadores del VRC para asegurar la protección de Immersion, pensaba en que aquello, más que un trabajo, parecía un hobby con lo que disfrutaba en cada misión, y esta parecía especialmente excitante. No todos los días se infiltraba uno en uno de los edificios más seguros de toda la ciudad.

El objetivo final de aquel encargo era conseguir sacar con vida del estadio a Riva, y no es que se conociesen mucho, puesto que él era un mercenario y no formaba parte de Nova, pero en las misiones en las que habían trabajado juntos habían hecho buenas migas, así que se mostró muy colaborador cuando le propusieron participar una vez más en el equipo.

Sin embargo, aún era pronto para pensar en el final, puesto que apenas acababa de comenzar la difícil misión de, la cual podría parecer incluso suicida, o al menos para alguien menos experimentado que él, o menos loco quizá.

Su primer objetivo era colarse en el ramal de aeronáutica de NeoWard, y para ello se le ocurrió lanzarse desde la azotea del edificio hasta el hangar N.05, en el cuál deberían estar las motocicletas aerodeslizadores con las cuales tendría los códigos biométricos necesarios para llegar al Distrito Central y penetrar en el estadio sin llamar la atención de todo el cuerpo de seguridad.

El radar de movimiento de sus enemigos, así como el térmico, permanecían ciegos a su presencia gracias a la pulsera generadora de campos de distorsión que Nathia, la cría de Nova, había desarrollado. Por su mente pasó la idea de quitársela para subir varios enteros el nivel de

dificultad de la misión y aumentar la diversión, pero finalmente decidió seguir el plan y no arriesgarse tontamente. Había mucho en juego.

Cuando llegó a una altura adecuada para el uso de sus botas amortiguadoras abrió los brazos en abanico y lanzó una ráfaga de granadas de humo y pulso electromagnético selectivo, cegando radares y la propia vista de sus enemigos, para acto seguido soltarse de la cuerda y aterrizar en el pavimento del hangar de despegue.

Gracias a la actualización diseñada también por la chiquilla del grupo rebelde, las granadas PEM eran capaces de seleccionar artilugios en concreto sobre los que no actuar si reconocía en ellos alguno de los códigos de identidad cargados previamente en su software, pudiendo así mantener en funcionamiento sus botas amortiguadoras a la par que bloquear las transmisiones de radio y los fijadores de objetivos de sus enemigos.

Si tenía la suerte de que los que vigilaban el hangar fueran unos niñatos malcriados acostumbrados a depender de la tecnología, sin el módulo fijador no serían capaz de acertar ni a un elefante a cinco metros. Es cierto que estaba en NeoWard, la empresa líder en seguridad, pero a veces hasta las grandes empresas se confiaban tanto en su tecnología que se olvidaban de entrenar a su personal.

Y era ese mismo factor humano el que le permitió reducir a los cinco guardias rápidamente. Bueno, eso y el visor implantado en sus grises ojos, el cual le permitió visualizar rápidamente a sus objetivos entre el humo sin mayor dificultad y apenas dándoles tiempo de reaccionar.

Tran echó un rápido vistazo con sus retinas mejoradas a toda la zona exterior del hangar, que parecía dedicarse exclusivamente al aterrizaje, por lo que si quería hacerse con algún aerodeslizador debía colarse en el interior.

Lo más sencillo sería poner un par de pequeño explosivos plásticos de radiofrecuencia protegida y volar con él los goznes de la puerta de acceso, pero no quería llamar la atención más de lo necesario, o se complicaría mucho la posibilidad de llegar al estadio sin hacer saltar las alarmas y tener a media NeoWard persiguiéndole y la otra mitad aguardando a su llegada a Immersion, peligrosamente además la integridad de Riva, por lo que optó por usar el módulo de hackeo que Nathia había preparado para la ocasión.

Introducirlo en el terminal de la puerta era la parte fácil, aguantar la interminable espera sin ni siquiera saber si funcionaría y no perder los nervios y sucumbir al plan del explosivo era lo realmente difícil.

Tras un par de suspiros de exasperación, Tran escuchó el ansiado pitido que le indicaba que el trabajo había sido un éxito, y la puerta cedió, permitiéndole a Tran penetrar en el interior del hangar, aunque no pudo ver su contenido ya que el rostro de sorpresa de uno de los guardias con los ojos abiertos de par en par le bloqueaba la visión.

- Eh... ¿qué tal? - soltó Tran arqueando una ceja mientras el incrédulo guardia trataba de comprender quién era él y cómo había entrado allí sin que se dieran ni cuenta.

Tran se movió rápido, le agarró el brazo antes de que lo pudiera dirigir a su arma, y se lo retorció hacia su espalda, haciéndole girar todo el cuerpo en medio de un grito de dolor. Otros dos guardias cercanos reaccionaron a los bramidos de su compañero y comenzaron a disparar, a lo que el joven mercenario viró ágilmente con el fin de usar a su presa de escudo humano.

Hubiera sido fatal para el pobre guardia de no ser por el campo de fuerza anti fuego amigo que llevaban todos ellos, desactivando el disparo de las armas que compartiesen la identificación de NeoWard cuando tenían a otro miembro del equipo a tiro, lo cual estaba pensado no solo para evitar bajas accidentales, sino también para impedir que un enemigo usase un arma arrebatada a un miembro de la empresa para acabar con su propia vida.

Intentando convertir eso en una ventaja, Tran lanzó al guardia contra sus rivales para bloquear sus disparos y corrió hacia ellos desenfundando a sus propias pistolas de plasma, con las cuales abatió a ambos sin problema, sobrándole tiempo incluso de rematar al primer guardia, que ahora yacía en el suelo, más asustado aún si cabía.

Tran se compareció de él, por lo que en lugar de ejecutarle se limitó a arrodillarse a su lado y, con un golpe preciso, dejarle inconsciente. Le dolería cuando se despertase pasadas unas horas, pero al menos viviría.

Por suerte todo había ocurrido lo suficientemente rápido como para que ninguno hubiese tenido tiempo de activar la alarma ni de pedir refuerzos, pero era cuestión de tiempo que algún vigilante chequease las cámaras y enviase a todo el cuartel a por él. Lo único que actuaba a su favor era que se encontraban de madrugada y quizá estarían adormilados, por lo que el factor sorpresa aún le supondría una ventaja.

Sin perder un solo segundo más saltó por encima de la barandilla y descendió al piso inferior, maldiciéndose a sí mismo por el estruendo causado al caer sobre el suelo metálico. Se había descuidado un segundo, y pensando que era poca altura no había activado las botas. Permaneció agachado y quieto unos instantes, escuchando atentamente cualquier indicio de que le hubiesen detectado, pero nada parecía indicarlo, así que

decidió seguir adelante.

A lo largo de la plataforma podían verse aparcadas un par de naves de infiltración, varias escuadrillas de aerodeslizadores escolta monoplaneada y unas seis motocicletas como la que andaba buscando. Por desgracia, ninguna de ellas tenía la llave puesta, ya que ni siquiera existiría una, dado que se había instalado en cada una de ellas un lector de parámetros biométricos, así que debería encenderlas por la fuerza, y cuando decía fuerza, quería decir el hackeo sináptico.

En Nova eran más de la vieja escuela, no solían usar los bioconectores. Estaba totalmente de acuerdo con ellos, todo lo que pudiese solucionarse a mano en vez de conectar tu cerebro al sistema mediante un cable, mejor que mejor. No se fiaba para nada de que en alguna ocasión se enchufase a un equipo e introdujesen un virus que le friese el cerebro. Pero había veces, como esa, en las que no le quedaba otra alternativa, así que se resignó a sacar un cable de transferencia de uno de sus bolsillos y enlazar su interfaz neural con el aerodeslizador, esperando que el troyano de Nathia hiciese de las suyas y proyectase sus biodatos sobre el software del vehículo, y a poder ser que no le convirtiese en un vegetal durante el proceso.

Ante sus ojos se materializó un holograma generado por los implantes de sus retinas, indicándole el progreso del hackeo. Aún llevaba un escaso veinticinco por ciento cuando finalmente todas las alarmas saltaron y pudo escuchar cómo se ordenaba por megafonía a todos los guardias cercanos al hangar a deshacerse de los intrusos.

Tran se echó a reír. Seguramente se acababa de despertar de su pequeña cabezada el guardia de turno en el centro de videovigilancia y, a la vista de las bajas, habría supuesto que había varios invasores.

Pero la sonrisa no le duró mucho, puesto que el chirrido producido por la apertura de una enorme compuerta en el suelo de la plataforma sobre la que se encontraba le hizo darse cuenta de que se encontraba en grandes problemas, y apenas iba por el cuarenta y tres por ciento.

El aerodeslizador sobre el que se encontraba Tran comenzó a vibrar mientras dos grandes planchas de metal se introducían hacia los laterales para dejar al descubierto una vasta apertura por la que comenzó a ascender un enorme engendro metálico cargado hasta los topes de armas capaces de volatilizarle en apenas unas décimas de segundo.

Setenta y dos por ciento. No pintaba nada bien, se le acababa el tiempo. Si ese gigante de metal se activaba antes de que el virus de Nathia le brindara acceso a los controles del aerodeslizador, y a juzgar por el brillo rojizo que empezaba a florecer en los ojos de la máquina era algo más que probable, se vería obligado a desconectarse para esquivar su

arremetida, teniendo que comenzar de cero con la carga de biodatos, lo que le dejaría totalmente a merced de NeoWard, con el consecutivo fracaso de su misión, y él nunca fracasaba.

Finalmente, el hackeo de Nathia fue una vez más todo un éxito, si bien no había sido lo suficientemente veloz como para adelantarse a la activación del robot, que, ya con los ojos perfectamente iluminados, había cargado un láser en su brazo derecho que se proyectó contra Tran obligándole a desconectar rápidamente el cable, activar el aerodeslizador y activar el propulsor de su motor izquierdo para esquivar rápidamente el rayo.

El impacto causó tal explosión que incluso la nave, que permanecía suspendida en el aire, se tambaleó violentamente, pero gracias al fino control que permitía la inalámbrica conexión de la interfaz neuronal del vehículo Tran pudo contrarrestar la sacudida a la misma velocidad de su pensamiento, estando en condiciones de esquivar el siguiente ataque.

El metálico defensor puso en marcha una ametralladora, cuyos disparos no le fueron difíciles de esquivar, mientras cargaba de nuevo el láser. Debía pensar en cómo salir de allí y rápido, puesto que en un espacio cerrado como en el que se encontraban la onda expansiva de cada impacto de láser podría resultar letal al estampar su nave contra un muro.

Tras esquivar a duras penas el siguiente impacto, el aerodeslizador perdió por completo su estabilidad, dejándole a Tran bocabajo, aunque aquello le sirvió para observar la escena desde una perspectiva diferente, fijándose entonces en los topes que mantenían la compuerta central del hangar cerrada.

Con nueva determinación, el joven dio un rápido giro mediante la activación individual de uno de los motores de la nave para posicionarse nuevamente y se dirigió hacia la gran puerta realizando un amplio giro en abanico, seguido muy de cerca por los múltiples disparos de ametralladora, cuyas balas perforaron entre otros varios de los cierres neumáticos que controlaban los topes, descomprimiendo el mecanismo con un sonoro chasquido que le confirmó a Tran de su éxito.

Una vez más el robot se dispuso a cargar el láser, indicándole que era el momento de actuar, realizando una finta para pasar por debajo del brazo izquierdo de su enorme enemigo, obligándole a girar en su busca, para acto seguido proyectar el ataque directamente hacia él. Sin embargo, Tran estaba preparado, y con una nueva y ágil pirueta consiguió esquivar el impacto, que golpeó contundentemente sobre la puerta, desencajándola de sus goznes y creando con ello un estrecho pero suficiente espacio por el que podría abandonar el hangar.

Sin dudarlo un segundo, Tran esquivó por última vez a su contrincante y atravesó las puertas hacia su libertad mientras soltaba un profuso grito de triunfo.

Nuevos refuerzos se amontonaron a la salida del hangar, pero apenas pudieron hacer nada cuando el aerodeslizador salió propulsado a toda velocidad por delante de ellos, inclinándose hacia un lado para pasar por debajo de un poderoso dron de defensa que flotaba en mitad de la plataforma de despegue, para a continuación precipitarse en picado por el lateral del edificio, destrozando debido al impulso de la moto todas las ventanas a su paso, dejando una estela de pequeños y brillantes cristales tras de sí.

Nuevos drones se lanzaron en su busca, disparando sin cesar con la única misión de lograr la muerte de su objetivo, y no pararían hasta conseguirlo, pero Tran podía anticiparse sin problema a sus arremetidas gracias al milimétrico control que tenía de la nave, esquivando todos los impactos hasta que de un poderoso salto se metió bajo la protección de las estrechas y congestionadas calles de la ciudad.

Los drones intentaron seguir su rastro, pero tras unas cuantas maniobras arriesgadas por la zona del mercado y varios giros bruscos en las intersecciones todos ellos acabaron estrellándose contra obstáculos.

Pese a ser de madrugada, aquella parte de la ciudad bullía llena de vida, con multitud de gente haciendo compras en los puestos repartidos a lo largo de la ciudad, o buscando algo de droga en los innumerables sucios y oscuros callejones de la ciudad.

Tran se conocía el distrito como la palma de su mano, ya que se había criado por esos lares, por ello le fue tan fácil esquivar a sus perseguidores robóticos. Ahora, sin la presión de tener a NeoWard pisándole los talones, podía decelerar un poco y disfrutar de un pequeño paseo nocturno por el Distrito Bajo.

Los altos edificios desordenados cubrían todo cuanto llegaba la vista, impidiendo que la luz de la luna llegase al suelo, lo cual se suplía con numerosas luces azuladas que cubrían el lugar, surcadas de vez en cuando por coloridos neones y carteles luminosos de publicidad que pendían de las fachadas de edificios o en hologramas por el aire.

El olor a suciedad se entremezclaba con la esencia ligeramente picante de las especias que se vendían a lo largo de los puestos de todo el distrito, que fluía tan lleno de vida como si fueran las diez de la mañana, o incluso más, ya que sus habitantes, en contraposición a la población del opulento Distrito Áureo, se sentían más seguros al abrigo de la noche, pese a la

inmensa cantidad de robos y asesinatos cometidos a su amparo.

Tran atravesaba despacio con el aerodeslizador, emitiendo un leve zumbido en su recorrido, las angostas calles mientras observaba la diversidad de individuos que las poblaban, con vestimentas pintorescas y peinados extravagantes y de todos los colores imaginables, aunque cada uno de ellos tenían algo en común: el bajo nivel de vida.

Él se crio en la zona más cercana al muro oeste, y pese a ser un barrio peligroso y sucio, lleno de ratas, prostitutas y drogadictos, lo recordaba con cariño. Había pasado por cosas buenas y malas, pero las primeras eran las que primaban en su mente.

Sin embargo, aquellos años de juventud ya habían quedado atrás, y ahora debía ganarse la vida. No siempre estaba orgulloso de lo que hacía como mercenario, pero en ocasiones como la de esa noche, su objetivo era noble, y buscaba un bien mayor, por lo que además de cobrar se sentía mejor persona al estar ayudando a su distrito y su gente.

Mientras pensaba en todo eso, Tran había recorrido numerosas calles y ya podía vislumbrar a lo lejos el estadio Immersion, justo al otro extremo de la avenida que enlazaba el Distrito Bajo con el Distrito Central, haciéndose cada vez más grande a medida que iba acercándose, por lo que decidió poner fin a su paseo y apretar el acelerador a fondo.

El nombre de Distrito Central tenía sentido, ya que se situaba en el núcleo mismo de la ciudad de Oasis, en cuyo centro podía encontrarse el estadio Immersion, al que se podía acceder desde numerosas avenidas que partían desde cada uno de los distritos circundantes, separados todos ellos por murallas que únicamente permitían el acceso a través de las puertas de acceso protegidas por escudos biométricos.

Podría parecer en un principio ridículo que el centro absoluto de toda aquella inmensa ciudad fuera un estadio deportivo, sin embargo, nada más lejos de la realidad. Immersion se trataba exclusivamente de una de las múltiples disposiciones que podía tomar aquel edificio cambiante gracias a la portentosa nanoarquitectura que tanto había avanzado en los últimos años, permitiéndole adoptar el diseño que más oportuno resultase para cada momento.

No resultaba nada económico mantener una edificación con semejantes capacidades, pero el dinero que podía llegar a moverse con un evento como ese sobrepasaba con creces los costes.

Tran no tardó en llegar ante la enorme puerta de acceso al Distrito Central, que se caracterizaba por ser un escudo semitransparente de color azulado y luminiscente que impedía la entrada a todo aquel que no contase con datos biométricos autorizados, ya fuera por ser un miembro

importante de Oasis o por haber adquirido un pase especial, en ese caso la entrada para el VRC.

Por encima del muro a simple vista parecía que no existiese medida de seguridad alguna, y que cualquiera con un aerodeslizador como el que tenía Tran pudiese pasar por encima del mismo. Sin embargo, un escudo similar, aunque imperceptible a la vista, separaba en el aire cada uno de los distritos, juntándose todos en un punto medio en lo alto de la etérea bóveda que cubría la ciudad.

Por suerte, Tran no encontró problema alguno en atravesar el muro por la puerta debido a que el lector identificó los datos biométricos del aerodeslizador como un miembro de NeoWard, los cuales tenían permitido el paso al evento, pues habían sido contratados por los propios organizadores de Immersion.

Mientras abandonaba el sucio Distrito Bajo para adentrarse en el glamuroso Distrito Central, no pudo evitar pensar en cómo aquellas inmensas avenidas cuidadas al detalle, llenas de filigranas, decoraciones lujosas y vegetación eran un mero alarde del poder con el que contaba El Círculo, a la par que una manera de hacer patente la separación de la gente de alta cuna de lo que para ellos eran despojos de la sociedad.

Y eras eso precisamente lo que motivaba que la mayoría de los participantes del VRC fuesen de distritos de baja categoría, como les gustaba decir a los estirados de los distritos ricos. Sin embargo, a los ojos de Tran, ese concurso era una aberración, una muestra de la supuesta soberanía legítima de El Círculo, que de tanto repetirlo se habían llegado a creer ellos mismos.

La gente del Distrito Bajo también podía asistir al estadio como espectador, siempre y cuando se hicieran con uno de los increíblemente caros pases que se vendían en las terminales oficiales, pero rara vez alguien conseguía hacerse con uno, y en el excepcional caso de que contase con el suficiente dinero, generalmente gracias a su implicación en negocios bastante turbios, no solían querer gastarlo en el evento, puesto que, o bien odiaban a los organizadores, o temían ver morir a algún ser querido durante el transcurso del mismo.

Y aunque la gente del Distrito Bajo fuese el grueso que componía la participación en la competición, generalmente por no haber podido hacer frente a la ingente cantidad de deudas que muchos arrastraban o al intento desesperado de ganarse una reputación y salir de aquel tugurio en el que vivían, muchos líderes de grandes casas de los distritos altos pagaban elevadas sumas a los denominados campeones para que representasen a su familia o empresa en el torneo, ganando con ello apuestas y reputación entre sus iguales. Muchas de estas castas tenían incluso su propio blasón familiar, y se encargaban personalmente de

entrenar a sus campeones desde jóvenes.

Por su parte, el Distrito Bajo realizaba sus propios eventos. El más famoso consistía en carreras de aerodeslizadores, las cuales también se realizaban en ocasiones en el Distrito Comercial, Industrial y, cómo no, Deportivo, con la diferencia de que en estos cada gran corporación, que dejaban de lado el VRC para centrarse en estos eventos más "limpios" y así evitar escándalos innecesarios, y alguna que otra familia, tenía su propia escudería, con unos diseños de última tecnología y gran acabado, mientras que en las carreras de los bajos fondos todo el mundo podía participar, siempre y cuando pagasen una comedita cuota de inscripción y superasen ciertos requisitos de habilidad, los cuales solían ser bajos dado que necesitaban en cada nuevo torneo sustituir la gran cantidad de muertes que se producían cada año debido a la gran peligrosidad de los circuitos, con nulas medidas de seguridad, y a que todo solía estar permitido.

Cada participante solía construir su propio aerodeslizador, el cual no solía ser bonito, pero sí eficiente, aunque si le preguntabas al dueño, siempre te respondía con orgullo hablando de la belleza escondida en cada una de esas tuercas viejas y desgastadas que habían armado una a una, nada que ver con los opulentos diseños de los ricos, con sus curvas y sus pulidas pinturas.

Además, se tomaban la competición tan en serio que era rara la carrera donde algún contrincante no echara de la pista a otro, aunque a menudo no hacía falta ni siquiera la intervención de un participante ya que las irregularidades de la pista solían ser suficientes para hacer perder el control de su vehículo a los menos experimentados. Y todos creían ser los mejores hasta que se volatilizaban del impacto contra un edificio.

Pero si las carreras no eran lo tuyo, no había problema, porque en el Distrito Bajo también se celebraban competiciones de combate real, con sus correspondientes apuestas, e incluso algunas equivalentes al VRC, aunque ni por asomo tan grandiosas como la del Distrito Central, puesto que no contaban con las avanzadas sillas neurosensoriales con las que reproducir de forma fidedigna lo acontecido en la simulación en el cuerpo del participante. Los más puristas golpeaban a los concursantes en función del trauma ocasionado durante el evento, o incluso directamente inyectaban un eutanásico para acabar con su vida en caso de eliminación.

Sin embargo, todos los que participaban lo hacían por voluntad propia, algo que no podía decirse del VRC. Quizá en el Distrito Bajo eran unos salvajes, en gran parte debido al azote que el resto del pueblo de Oasis ejercía sobre ellos, pero tenían mucha más humanidad de la que tendrían nunca en los distritos ricos.

El atronador rugido de júbilo de los asistentes de Immersion le recordó a Tran que se estaba acercando al punto álgido de su misión. Si su información era cierta, debía ascender con el aerodeslizador para introducirse por uno de los conductos de acceso de los guardias, atravesar el control biométrico y así infiltrarse en el estadio.

Seguramente ya estarían avisados del robo de un aerodeslizador en el cuartel, pero no sabían para que iba a usarlo, así que dudaba de que estuvieran especialmente activos en su búsqueda dentro del propio estadio, aunque seguro estarían más alerta de lo normal.

Además, por los gritos de la multitud, parecía que se encontraban en un momento interesante del encuentro, lo cual podría aprovechar en su ventaja, aprovechar el despiste de unos guardias más interesados en el espectáculo que en realizar bien su trabajo.

Y no podía culparles, su cometido era realmente aburrido, ya que no era común que alguien intentase colarse en un evento oficial, sobre todo teniendo en cuenta que el acceso al Distrito Central estaba controlado en todas sus entradas por escáneres biométricos.

Según se aproximaba al conducto, pudo observar cómo sus suposiciones eran ciertas, y los dos guardias que vigilaban la plataforma se encontraban observando el evento en el holograma que el brazalete de uno de ellos proyectaba, cuchicheando mientras señalaban algunos sucesos de la pantalla entre risas.

Tran, que por un momento había sonreído al ver cómo había calado en seguida a la seguridad de NeoWard, sintió como le invadía la furia al verlos tan felices observando el cruel evento que debían proteger. Olvidándose por completo de pasar desapercibido, el joven los saludó a su llegada, a sabiendas de lo sospechoso que sería que le vieran aparecer allí con un aerodeslizador de la compañía pero sin el uniforme propicio, casi esperando una excusa por parte de los guardias para liarse a golpes con ellos.

Ambos guardias dieron un respingo, parando la proyección y poniéndose firmes. Parecían confundidos, conscientes de que les habían pillado haciendo algo que no debían, y aunque uno de ellos frunció el ceño al ver la vestimenta de Tran, finalmente decidió llevarse una mano a la frente en señal de respeto, pensando que quizá se tratase de un superior, y ya bastante la había pifiado como para arriesgarse a estropear aún más la situación.

El otro guardia se apresuró a copiar a su compañero, a lo que Tran les devolvió el saludo y avanzó hacia el interior del conducto, virando en el primer hueco que encontró destinado al aparcamiento de vehículos y

apagando el motor.

- Estoy dentro - susurró Tran al intercomunicador de su oído.

No tardó en oír una ruda voz masculina confirmando la recepción del mensaje.

Para evitar que les detectasen antes de tiempo, ese sería el único contacto que realizarían por radio salvo necesidad extrema, pero Tran ya sabía lo que tenía que hacer.

Su objetivo era llegar hasta el servidor de la sala archivos para hackearlo y encontrar a que silla neurosensorial habían conectado a la joven Mia, tras lo cual comenzaría la parte difícil de la misión: abrirse paso hasta Riva y sacar a ambas de allí.

Tran se llevó ambas manos a la nuca y comenzó a hacer estiramientos, presintiendo que no tardaría mucho en entrar en combate. Con unas palabras de autoconvencimiento, el joven mercenario se encaminó con sigilo a través del pasillo hasta alcanzar la primera escalerilla que le granjeó acceso al puente superior de mantenimiento.

Unos brillantes rayos procedentes del estadio se colaban a través de unas pequeñas hendiduras a la derecha de la pasarela por cuya metálica rejilla se encaminaba, agachado debido al poco espacio disponible para alguien de su altura.

Pudo oír cómo el público rompía nuevamente en vítores, aunque quedaba patente la división del público entre dos contendientes distintos, sin embargo, las voces le llegaban distorsionadas, y tampoco quería romper el silencio de radio para descubrir lo que estaba ocurriendo en la simulación, por lo que decidió apresurarse en continuar hacia adelante por el oscuro conducto por si Riva o Mia estaban en peligro.

Según los planos que habían conseguido Nathia de la red, tenía que haber un panel oculto en el final de aquel conducto, lo cual le permitiría establecer un nexo con el circuito auxiliar y así poder introducir el troyano que le desbloqueara la compuerta, y una vez más, como sucedió con el resto de virus diseñados por aquella joven prodigio de la informática, fue todo un éxito.

Con un pequeño chasquido la puerta cedió, brindándole acceso al interior de la sala de servidores, plagada de sistemas informáticos que emitían numerosas luces centelleantes. Por un momento Tran pensó que su misión acababa de fracasar, puesto que no tenía ni idea de por dónde empezar a buscar, pero entonces reparó en cómo una de las pantallas se había encendido y un colorido avatar femenino estilo anime de cabellos turquesa le hacía señas hacia un punto en el que instantes después se abrió una

ranura de conexión que comenzó a brillar intermitentemente.

Tran se echó a reír ante el sentido de humor de Nathia en un momento como aquel, mientras el avatar desaparecía lanzándole un beso que atravesó la pantalla y se propagó holográficamente a través de su implante retiniano. El control de la red que tenía aquella chiquilla era preocupantemente alto, por lo que tomó nota mental de nunca ponerse en su contra, o quizá acabaría hackeando todos sus implantes y haciéndole volverse loco.

Sin perder más tiempo, Tran se acercó al puerto de enlace y conectó su interfaz neural para acceder a la información almacenada en aquel servidor, apareciendo ante él numeras carpetas plagadas de archivos que empezó a desplazar con los movimientos de su mano.

Mientras continuaba revisando las decenas de ficheros inútiles en busca de la localización de los participantes, con la otra mano activó el pulso de datos que encendería el comunicador que la infiltrada de Nova le debía haber hecho llegar a Riva.

El tiempo pasaba, y con él también la posibilidad de que los de ciberseguridad de NeoWard descubriesen su rastro, pero no lograba encontrar lo que buscaba. La interfaz de la red era un caos, codificada en su gran mayoría con un código que nunca había visto, por lo que no era capaz de activar sus algoritmos de búsqueda para facilitarle la tarea. Tampoco podía seguir ojeando archivos al azar eternamente, pues era tal la cantidad que necesitaría semanas para poderlos clasificar todos.

Estaba claro que jugaba con profesionales. La interfaz no se correspondía con la de la típica red pública con un menú sencillo de navegación, sino que se trataba de un entorno virtual privado que requería de bioseñales individuales específicas con las que descriptar en tiempo real la información según se iba visualizando. Quizá Nathia pudiera entender algo de aquel galimatías, pero él no tenía tanta experiencia en hackeo.

El tiempo se agotaba, y la gran cantidad de información en bruto que estaba tratando de procesar su conexión neuronal estaba comenzando a marearle. Quizá por eso mismo no atribuyó el incipiente dolor de cabeza a las garras que un virus de NeoWard comenzó a clavar por todos los circuitos de su implante hasta que fue demasiado tarde.

Con un chillido Tran se llevó las manos a la cabeza, intentando desconectarse de la red, pero todo se había vuelto borroso, y lo último que pudo ver antes de perder el control fue como unas palabras surgían en el interior de su mente: Iniciando proceso de estasis. Generación de secuencia bucle exitosa.

- Muy bien, ¡allá voy!

Capítulo 4

Capítulo 4: Dificultades

- Señor, ciberseguridad ha conseguido detener un intento de intrusión en los servidores del estadio - comentó un jadeante soldado de NeoWard que se había acercado a toda prisa a su jefe para transmitirle las novedades, manteniendo en todo momento una posición firme digna de lo que se esperaba de un equipo élite.

El semblante de Strake se contrajo levemente y puso los ojos en blanco en una muestra de la profunda exasperación que sentía.

- ¿Y? A estas alturas habrán bloqueado ya como cincuenta intentos. Estamos ante el evento más importante del año, todo el mundo quiere una suscripción VIP aunque no puedan permitírselo.

- Pero este lo han realizado desde dentro de Inmersión, señor - continuó el guardia, que dio un paso hacia atrás cuando vio el perturbado semblante del jefe de seguridad, aunque fue por tan solo unas milésimas de segundo, mostrando de nuevo una mirada inexpugnable, por lo que llegó a preguntarse si se lo habría imaginado.

- Que ciberseguridad averigüe dónde se ha producido. Quiero darle la bienvenida como se merece.

- Sí, señor - afirmó el guardia, que hizo una breve reverencia y se apresuró a acatar las órdenes de Strake, esperando que su jefe no hubiese notado el alivio en su rostro cuando por fin pudo alejarse de allí, ya que el aura que proyectaba Strake era demasiado fuerte como para soportarla durante más de dos minutos seguidos.

Antes de abandonar la sala rumbo al departamento de ciberseguridad pudo observar cómo Strake proyectaba en su brazalete la imagen de su segunda al mando, Vier, lo cual indicaba que, fuera lo que fuese que estaba pasando, quería tomar personalmente cartas en el asunto.

- Encárgate de llevar al intruso que ciberseguridad está rastreando a la sala de aclimatación para su procesamiento. Habla también con el equipo de diseño, creo que les puede interesar para esa ronda especial en la que estaban trabajando - instó Strake a su segunda, que inclinó la cabeza ante la pantalla, mecendo su rubio cabello platino de múltiples y coloridos mechones que se deslizaban sobre sus hombros, e instantes después inclinó ligeramente la cabeza con el ceño fruncido atenta a una nueva información que le hacían llegar a través de su implante auditivo.

- Recibido - respondió la mujer, tras lo que volvió a mirar directamente a Strake-. Al parecer ciberseguridad ha establecido un bucle en la mente del intruso, ahora mismo se encuentra atrapado en la sala de servidores. Voy para allá.

- ¿Y por qué te informan a ti antes que a mí? - soltó con enfado Strake.

- Porque mi bonita sonrisa les da menos miedo que tu cara de vampiro - espetó Vier con sorna, demostrando una confianza con el jefe de seguridad que ningún otro miembro del equipo osaría siquiera imaginar.

- Vale, lo que tú digas. Encárgate de esto, ¿quieres?

Con una pícaro sonrisa Vier realizó un fingido saludo militar y cortó la conexión, dirigiéndose a la sala de servidores, aunque no sin antes dar una serie de órdenes a sus hombres para peinar el perímetro por si hubiese algún otro intento de infiltración en el estadio.

Los pasillos que conectaban cada una de las salas del estadio entre sí estaban diseñado de tal manera que desde dentro los múltiples orificios en formas geométricas dispares de las metálicas estructuras que servían de paredes dejasen entrever el exterior del estadio por ambos lados, pero sin permitir la visión del interior desde fuera.

Las luces que procedían de la zona central donde se encontraban los combatientes se colaban a través de esas rendijas y pasaban a través de unos filtros de dispersión lumínica especialmente diseñados para generar bellos y coloridos dibujos en el suelo que cambiaban de forma a cada paso que se daba, como si se tratase de un caleidoscopio.

Vier sonrió al recordar cómo Strake criticó la primera vez que recorrió aquellos pasillos lo absurdo que le parecía invertir dinero en crear aquel espectáculo de colores solo por el mero espectáculo incluso en pasillos donde los espectadores no tenían acceso, pero tuvo que reconocer la utilidad para la seguridad de aquel intrincado sistema de aberturas que permitían tener controlado todo lo que sucedía en el exterior sin sacrificar la privacidad interna de las instalaciones.

Ella disfrutaba de su trabajo, y se consideraba buena, no tanto como él, pero sí de las mejores. Y si mientras iba de un lado a otro del estadio podía alegrarse además la vista, le parecía una inversión que merecía la pena. Además, el efecto hipnótico de aquella colorida imagen la ayudaba a serenarse en los momentos de estrés, absorbiéndola y haciéndola olvidar sus preocupaciones.

Mientras pensaba en todo aquello, el caleidoscopio realizó unos bruscos giros de colores al reflejarse en el pulido suelo los fuegos artificiales que se proyectaron sobre el entorno holográfico del estadio para festejar algún

acontecimiento destacado.

No es que le importase en gran medida aquel torneo, es más, si le preguntaban fuera del trabajo diría con toda seguridad que le parecía algo aberrante, pero no pudo evitar sentir curiosidad de lo que estaba pasando en la simulación. Pulsando un botón de su brazalete, una pantalla similar a la que había empleado instantes antes con su jefe se materializó sobre él, en la cual pudo teclear un par de códigos para activar la retransmisión del VRC, en la cual mostraban la repetición de la jugada destacada.

La imagen mostraba una densa humareda que comenzaba poco a poco a despejarse, y tres figuras bajo la imagen térmica que yacían en el suelo comenzaban a incorporarse. Una de ellas, la de mayor calibre, que parecía portar una armadura, se afanaba en buscar algo a tientas entre los hierros y el agua que inundaba todo, seguramente su arma, que los programadores delineado en un color azul brillante para que el público pudiese ver cómo se encontraba lo suficientemente profunda entre los escombros como para que no pudiese llegar hasta ella.

Otra de las figuras, ésta sin protección y a consecuencia sangrando por las numerosas contusiones que había recibido a lo largo de todo su cuerpo, se arrastraba hacia su rival, pareciendo dispuesto a asestarle el golpe de gracia final, lo cual pareció adivinar el primero, pues desistió en la búsqueda de su arma y se encaró a su oponente.

Una vez dispersado el humo la visión térmica se desactivo y entonces la cámara se dividió en dos, enfocando a la mirada de cada uno de los rivales, que se habían incorporado a duras penas. El rostro del buzo permitía ver como un ensangrentado ojo se entrecerraba asomando a través la enorme grieta que había en su máscara. El de su oponente contaba con un brillo de desafío en su mirada que indicaba que no iba a rendirse sin luchar.

Ambos se abalanzaron entre sí, sumiéndose en un forcejeo entre los escombros y chocando contra el ya de por sí mellado casco del barco, que emitió un sonoro crujido y cedió frente a la presión exterior del océano, que inundó todo con su manto de agua y les lanzó rodando por el pasillo, golpeándose con numerosos y afilados hierros desperdigados por el estrecho interior del submarino.

El participante más magullado, que rotularon como Jarel para aquellos que acabaran de sintonizar la retransmisión, luchaba por recuperar el control de su propio cuerpo arrastrado bajo el agua mientras un temporizador aparecía proyectado sobre el extremo de la pantalla indicando una cuenta atrás que marcaba el tiempo máximo que podía estar un ser humano aguantando la respiración.

La cámara entonces pasó a enfocar al buzo, que yacía inconsciente en medio de una balsa de agua rojiza producto de la sangre que brotaba de su cuerpo atravesado por una vara metálica arrancada de la pared por culpa de la explosión.

El público se mantenía en silencio, conteniendo la respiración mientras un corazón holográfico comenzó a latir al ritmo de las pulsaciones del participante, el cual poco a poco se iba enlenteciendo, pero que pese a su terrible situación se mantenía con vida.

El temporizador entonces se detuvo, y la cámara enfocó cómo varios de los espectadores ahogaban un grito de emoción ante el inminente anuncio de la muerte de Jarel, pero instantes después el estadio entero rompió en vítores y aplausos al comprobar cómo el concursante aparecía boqueando en la poca superficie de aire que quedaba disponible, aunque no tardaría en cubrirse de agua para ahogarles a todos en esa tumba de metal subacuática.

Estaba claro que la fase se dirigía irremediablemente hacia su final, y Jarel lo sabía, por lo que comenzó a moverse contracorriente gracias al apoyo de las tuberías del techo, acercándose poco a poco a donde se encontraba anclado su rival para acabar con su vida y ganarse el ansiado ascenso hacia la siguiente fase del concurso, pero justo cuando estaba a mitad de camino pudo oír un chapoteo proveniente de uno de los camarotes colindantes.

Asiéndose con fuerza a una de las barras metálicas de la pared pudo girar su cuerpo y asomarse para ver el origen del ruido. Una niña pequeña de unos ocho años luchaba con todas sus fuerzas por mantener su cabeza a flote, pero algo la debía tener aprisionada porque apenas un par de segundos después su cuerpo entero se encontraba completamente sumergido, siendo incapaz de alcanzar la superficie.

La pantalla entonces se dividió en tres, para excitación del público, mostrando desde debajo del agua a la pequeña luchando desesperada por soltar su pierna y nadar hacia la superficie, al buzo inconsciente cuyo corazón amenazaba con pararse en cualquier momento y a Jarel dubitativo intercambiando su mirada de uno a otro.

Tenía dos opciones ante él: podía acabar con la vida de su rival y clasificarse, dejando morir a aquella niña, o centrar sus esfuerzos en salvarla y arriesgarse a que el buzo muriese antes de poder llegar hasta él.

Con un suspiro, y preguntándose qué demonios le pasaba por la cabeza, se propulsó hacia el interior del camarote. Con una gran bocanada llenó de aire sus pulmones y se sumergió, buscando entre los muebles y restos de metal dónde estaba atrapada la niña, que le dedicó una breve mirada

de terror antes de ver cómo sus ojos se cerraban al salir la última burbuja de aire de su nariz.

Jarel la observó durante unos instantes, pensando que era demasiado tarde, pero la ronda no se había detenido, así que eso significaba que seguía con vida.

Sin perder más tiempo, Jarel echó otro rápido vistazo y halló la plancha metálica que había caído sobre la pierna de aquella niña, produciéndola un feo y profundo corte en el gemelo. Por suerte había caído inconsciente, lo que le ahorra el tener que preocuparse del dolor que sentiría cuando retirase el metal.

No era nada fácil tirar con fuerzas de algo atrancado bajo el agua, por lo que tuvo que buscar algo a lo que aferrarse con una mano mientras insistía en sus intentos de elevar la plancha con la otra. Al tercer intento lo consiguió, y el cuerpo de la chica se liberó.

Jarel la aferró entre sus brazos y la arrastró hacia la superficie. Como era de esperar, sus pulmones estaban llenos de agua y no respiraba. Además, sus labios se veían completamente azules fruto de la hipotermia de permanecer demasiado tiempo sumergida en aguas oceánicas.

Todo quedó en silencio y el agua se detuvo. Ya no había corriente que le arrastrase, ni podía oír el chirriar del metal o siquiera sentir frío. La fase había llegado a su fin, y todo a su alrededor comenzó a desintegrarse. Lo único que fue capaz de sentir antes de que la luz lo inundase todo fueron los tenues latidos del corazón de la chiquilla que llevaba en brazos.

El público vitoreaba aplaudiendo ante el emocionante espectáculo que acababan de ver mientras observaban como la silla neurosensorial en la que se encontraba el participante que había asumido el rol de buzo durante la simulación emitía un pitido y comenzaba a soltar todos los amarres y agujas que habían permanecido conectadas al hombre, cuyo cadáver quedó tendido sobre la misma hasta que un equipo de la organización fue a retirarlo.

En ese momento Vier se dio cuenta de que se había quedado ensimismada viendo la repetición de la ronda durante demasiado tiempo en vez de encaminarse hacia la sala de servidores para cumplir con la misión encomendada por su superior, por lo que se apresuró en desactivar la pantalla y echar a correr rápidamente hacia allí por la interminable sucesión de pasillos del complejo.

Cuando por fin se acercaba a su destino, la puerta que estaba a punto de atravesar se abrió de golpe y se encontró con el equipo médico transportando al intruso que acababan de desconectar del servidor y que permanecía ahora unido por su conexión de sinapsis a un dispositivo

portátil transportado por una empleada de ciberseguridad que se aseguraría de mantener el bucle virtual establecido en su mente estable durante su transporte.

Vier se apartó a un lado para dejarles pasar, y a continuación contactó con el equipo de diseño para ponerles al día de lo que acababa de suceder y que se preparasen para aguardar la llegada del intruso a la sala de procesamiento. Casi pudo escuchar cómo esbozaban una maliciosa sonrisa ante la idea de introducirle en la ronda especial que, como en cada una de las ediciones anteriores desde hace bastantes años, se esforzaban en crear para regocijo del público, haciendo uso de unas reglas diferentes al resto de fases, garantizándole una bonificación especial al concursante que durante dicha ronda fuera el favorito del público.

Con ayuda de una camilla de gravitación magnética llevaron flotando el cuerpo por diferentes pasillos hasta el ascensor que les brindaría acceso al piso inferior, en el cual se encontraba, entre otras, la sala de procesamiento, que consistía en una gran estancia diáfana de un brillante color blanco donde permanecían numerosas sillas neurosensoriales que sumergían paulatinamente a los concursantes en la estasis previa al concurso, y fue allí donde conectaron al intruso.

Vier no pudo evitar pensar que la sobrecogedora sala tenía un cierto aire de pureza y serenidad, pese a que al mismo tiempo parecía fría y aterradora. Eso la recordó que hacía tiempo que no se conectaba a una simulación virtual privada de relajación. Quizá en el próximo descanso efectuado por mantenimiento en el concurso se dignase a dedicar un poco de tiempo para sí misma, le hacía falta desconectar y liberar tensión tras varios días de torneo sin parar de un lado a otro, organizándolo todo. A fin de cuentas, se trataba de uno de los mayores encargos anuales con los que contaba NeoWard, y tras los últimos rumores de que la organización de Immersion se estaba planteando crear su propio equipo de seguridad para ahorrar gastos, su empresa había decidido darlo todo durante el concurso de ese año con el fin de demostrarles que precisaban de la calidad que les ofrecían, y por eso mismo Strake estaba con ese humor de perros.

“Aunque tampoco es que habitualmente sea mucho mejor”, pensó Vier, riéndose para sus adentros.

Tenían muchos profesionales de gran eficiencia en NeoWard, pero Strake solo confiaba en ella cuando consideraba algo de vital importancia, y no es que la molestase, pero teniendo en cuenta que el concurso funcionaba las veinticuatro horas del día de forma ininterrumpida, apenas había tenido tiempo para pegar más que un par de cabezadas. Por suerte, cada cierto número de rondas, en función del tiempo que hubiesen estado activos los equipos, la organización programaba un pequeño periodo de mantenimiento para revisarlo todo, haciendo regresar las sillas del estadio

a aquella sala, en la cual se pasaban los cuerpos de los concursantes automáticamente a las sillas de estasis para refrigerar y revisar las neurosensoriales, y aprovechar para inyectarles a los exhaustos cuerpos de los participantes unos cócteles de vitaminas y estimulantes. Y es que, aunque todos los participantes del concurso menos uno fueran a acabar muertos, la organización no escatimaba en recursos para mantenerles con vida hasta que llegase ese momento.

Tras unos pequeños ajustes y la aprobación del personal médico, la chica de ciberseguridad dio por finalizada la conexión del intruso en la silla de estasis, el cual muy pronto pasaría a formar parte del plantel de concursantes.

Vier no vio necesario continuar en aquella sala que tantos sentimientos encontrados la provocaba, por lo que se dispuso a abandonarla, pero no sin antes ver cómo una nueva silla vacía entraba en la sala, cuyo anterior inquilino iría ya camino del depósito.

- "¡Increíble! ¡Una ronda memorable para el que promete ser uno de los mejores torneos de los últimos años! ¿Qué opináis vosotros?"

El público rompió en gritos y aplausos a modo de afirmación ante la pregunta del comentarista, llenos de emoción tras los acontecimientos de la última fase del VRC.

Riva podía ver en las diferentes pantallas cómo aparecían los porcentajes de favoritismo de cada uno de los participantes que aún permanecían con vida. En una de ellas parpadeaba con un intenso rojo brillante un cero por ciento bajo la fotografía de quien debió de ser el buzo que había sido eliminado, mientras que el porcentaje de votos de Jarel ascendía de forma exponencial.

- "Parece que ya va vislumbrándose el rumbo que van a tomar las apuestas, ¿no crees, Sarah?" - continuó el animado comentarista con una cuidada voz vibrante.

- "Eso parece, Jim. El favorito indiscutible en estos momentos es Jarel. Algo histórico, ya que rara vez se ve tan claro uno sin ni siquiera haber pasado la primera clasificatoria."

- "Creo que este VRC va a marcar un precedente en muchos aspectos. Y dime, ¿qué nos puedes contar de este joven participante?"

- "Pues no mucho, Jim, apenas se sabe nada de él." - respondió Sarah con voz cantarina. - "Como es habitual, proviene del Distrito Bajo, pero desconocemos su origen exacto. Solo puedo decirte una cosa con

seguridad: parece que no es nuevo en esto de las competiciones. Por lo que nuestros ciberninjas han podido investigar, es un veterano de las carreras de aerodeslizadores por los bajos fondos. Si ha sobrevivido pilotando esas chatarras, creo que durará bastante en este torneo.”

- “Hablando de ciberninjas, me acaban de informar de que el otro participante al que derrotó en el evento se trataba de Gerg Thim, el campeón que luchaba para la familia Mainer, el ganador de las pruebas de esgrima del año pasado. Creo que eso va a subir aún más el índice de apuestas.” - soltó el animado comentarista con sorpresa.

- “En efecto, en cuanto hemos dado la noticia, el porcentaje ha subido en un... diez por ciento! Y creo hablar en nombre de gran parte del público femenino cuando digo que ese aire que se trae, con esa bravuconería mezclada con una pizca de bondad, le hacen ganar muchos puntos.”

- “Eres toda una romántica, Sarah.” - rio Jim antes de cambiar de tercio la conversación con un tono nuevamente alto y enfático-. “Queridos amigos, ¡es hora del descanso! Aprovechad para ir al baño o a hacer acopio de comida, pero no os vayáis muy lejos, porque nosotros no nos vamos, y a continuación podréis ver un vídeo de los mejores momentos del VRC desde sus inicios hasta hoy. Creedme, no queréis perdéoslo.”

Riva sintió un gran alivio al saber que Mia estaría a salvo, aunque solo fuera por unas horas, ya que no podía hacer mucho más desde allí. El plan había fracasado. El jefe de seguridad de NeoWard sabía quién era ella, y habían cogido a Tran.

Si con eso no le bastaba, vio como unos guardias entraron en el bar que hacía las funciones de sala de espera de los clasificados a llevarse a la camarera que había enviado Nova para ayudarla, destruyendo con ello toda posibilidad que tenía de salir de allí, y con ella la de desconectar a Mia de la silla y largarse juntas de aquel estadio de pesadilla en el que estaban.

Ahora Riva se sentía completamente inútil, a la completa merced de lo que los programadores del VRC designasen para ella. La única esperanza que aún le quedaba era confiar en que Shen, líder de Nova, ideara un plan alternativo con el que sacarles a los tres de allí.

Sin embargo, odiaba tener que quedarse de brazos cruzados esperando una ayuda que quizá nunca llegara, y no porque no lo intentasen, sino porque para ello tendrían que sobrepasar la fuerza de seguridad mejor entrenada de la ciudad, sin contar los escáneres biométricos de las puertas que daban paso al distrito. Eran buenos en Nova, pero no sabía si tanto.

En el fondo no eran más que un pequeño grupo de personas que hartos de la sociedad en la que vivían y sus injusticias, luchaban por crear el cambio que los habitantes del Distrito Bajo tanto soñaban con tener, pero en esta ocasión Riva creía que habían tratado de abarcar demasiado.

Ahora lo único que podía hacer era tratar de seguir con vida lo suficiente en el torneo hasta que Nova llegase o se le ocurriera un modo de salir de allí. Y para eso debía conocer a sus enemigos, por lo que decidió observar con atención al resto de clasificados que la rodeaban.

En esa misma sala, sin contar con ella, había otros cinco participantes. No conocía las habilidades de cada uno de ellos, y tampoco importaba demasiado, ya que en esa competición lo más importante de todo, sin lo cual raramente podías sobrevivir, era la adaptabilidad. Aun así, Riva tenía buen ojo para analizar a la gente, por lo que con un examen detenido podía imaginarse los puntos fuertes de sus contrincantes.

En uno de los sofás situados a la derecha de la sala, justo delante de la barra, en la cual ahora atendía una mujer mayor de rostro cansado, había un hombre joven, con el cabello rasurado y una expresión despreocupada en el rostro. Era evidente que confiaba mucho en su físico, pero sus trabajados músculos no le iban a garantizar salir de allí con vida. Aun así, debía procurar no darle nunca la espalda, pues un golpe de aquel hombre podría ser mortal.

Tomando una copa en la barra había una animada mujer de cabello cobrizo y ondulado que intentaba establecer conversación con la anciana, pero por su fruncido ceño y las escasas palabras que le devolvía, parecía que el cambio del servicio no era de su agrado. En apariencia se trataba de una persona sofisticada y elegante, a la par que simpática, lo cual no tenía mucha cabida en un lugar como ese. Lo más seguro era que se tratase de una campeona de alguna familia adinerada del distrito empresarial.

Al otro lado de la habitación, jugueteando con los condimentos de una de las mesas, había una chica castaña que debía rondar la veintena, de cuerpo esbelto y presumiblemente ágil. Pese a su aspecto joven y frágil, la versatilidad que eso podía suponer en batalla, y la creatividad que destilaba a través de los dibujos que hacía en la mesa le hacían sospechar a Riva que se trataba de un rival a tener en cuenta.

En el extremo de la semicircunferencia de sofás donde se encontraba ella, frente a la cristalera, había otro hombre. Su cetrino rostro, que contaba con una perilla que tiempo atrás debió estar bien cuidada, había sido maltratado por el paso del tiempo, pese a que no era mayor, y sus ojos azabaches transmitían un brillo de experiencia, pero por lo demás era

inescrutable.

Ante dichos rasgos, Riva pensaba en la posibilidad de que se tratase de un guerrero experimentado, ya fuese mercenario o campeón. Casi esperaba que se tratase de lo segundo, pues los guerreros del Distrito Bajo eran por lo general unos luchadores fieros que no temían la muerte.

Finalmente, recostada en otro sofá tras de sí y sosteniendo una copa entre sus manos con una perturbadora sonrisa en el rostro, se encontraba la última del peculiar grupo de clasificados, sin contar todos los que pudiera haber en la sala al otro lado del estadio.

Si no fuera porque había estado a sus espaldas todo ese tiempo, Riva se habría enfadado consigo misma por no haber reparado en ella hasta el final. Tenía el cuerpo modificado, con la piel de los brazos texturizada en forma de escamas siguiendo un patrón geométrico, las orejas puntiagudas acabadas en plumas amarillentas, al igual que sus cejas, y unos ojos completamente blancos que denotaban la implantación de un visor ocular que presumiblemente habrían capado de cara a su estancia en el estadio, por lo que de poco le iba a servir en la competición. Y si por si aquello no fuera lo suficientemente estrambótico, su característico rostro quedaba enmarcado por mezcla de cabello verde con plumas rubias.

Riva no pudo evitar pensar que, pese al aspecto antinatural de la mujer, sus facciones eran increíblemente delicadas y hermosas.

La joven con aspecto de pájaro notó el asombrado rostro que la observaba, a lo que la sonrisa de sus labios se acentuó en su rostro al tiempo que levantaba su copa hacia ella a modo de brindis.

Rápidamente apartó la mirada, y se sorprendió de haber sido incapaz de vislumbrar los puntos fuertes de su rival como había hecho con el resto, seguramente fruto de la sorpresa al encontrarse alguien tan modificado como ella. Por si acaso Riva decidió que debía mantener un ojo puesto en ella en la siguiente ronda.

Y para su sorpresa ésta llegaría antes de lo que pensaba, y con una fase muy distinta a lo que venían acostumbrados.

Capítulo 5

Capítulo 5: actitud

Por primera vez desde el comienzo del torneo, la creación de un escenario estaba necesitando de una pantalla de carga. Podía ver a través del campo de fuerza que le rodeaba como pequeños fragmentos triangulares conformaban lo que iba a ser el campo de batalla, y mientras tanto una barra de llenado iba aumentando su porcentaje indicándoles cuanto le quedaba al evento por dar comienzo.

Justo debajo de ella hizo su aparición un texto flotante en el que se describían unas nuevas reglas para la nueva fase, en la cual al parecer podías matar a todos los rivales que quisieras sin que aquello te valiese la clasificatoria, ya que en este caso el objetivo era otro, indicado con el rostro de un participante.

A Jarel le dio un vuelco al corazón mientras leía los requisitos de victoria, con los ojos completamente abiertos de incredulidad.

El único modo de clasificarse para la siguiente ronda era acabar con la vida de la joven chiquilla que había salvado del ahogamiento en la ronda anterior. Parecía que los programadores habían encontrado un filón con el que satisfacer a su cada vez más exigente público, y estaban más que dispuestos a explotarlo a fondo. Por unos instantes se sintió culpable de haberla puesto en el punto de vida, pero la alternativa hubiera sido dejarla morir, hallando el mismo final que tendría ahora, solo que adelantado.

Respiró profundamente mientras continuaba llenándose la barra de progreso, en un infructuoso intento de calmarse, y a continuación siguió leyendo. La gran mayoría informaba de cosas que ya había ido aprendiendo sobre la marcha, la mayoría por las malas, durante su estancia en el torneo, sin embargo, fue la última línea la que atrajo su atención, ya que indicaba que el VRC era un torneo justo con todos, por lo que la niña, que al parecer se llamaba Mia, tendría también opción de clasificarse, pero no dejaban ver cómo hacerlo.

La existencia de esa alternativa le hizo calmarse levemente, ya que, al margen de que quisiera salvar o no a aquella chiquilla, no estaba dispuesto a clasificarse a costa de acabar con la vida de una niña. Sin embargo, aún tenía que averiguar cómo hacer uso de esa alternativa que indicaban para acabar con aquella fase de bonificación antes de que otro se le adelantase, acabando con la cría y su posibilidad de clasificarse.

Jarel comenzó a pensar en el motivo de que llamasen a aquella ronda denominasen así, cuando rápidamente halló la respuesta al aparecer una

suerte de ruleta virtual etiquetada con el nombre de "Favorito del público" ante sus ojos.

Estaba claro que los programadores siempre velaban por sus televidentes, y no había mejor forma de hacerlo que ayudar al favorito a que siguiera con vida en el concurso, y más aún si con eso le obligaban a acabar con la vida de la niña que una ronda atrás acababa de salvar. Si el distrito del que provenía no había dañado lo suficiente su humanidad, parecía que los creadores del VRC estaban decididos a destruirla por completo.

Tirando de la palanca virtual que había ante él puso en marcha la ruleta, que comenzó a girar entre multitud de armas y utensilios que podrían serle de gran ayuda para su supervivencia. Lentamente el panel comenzó a disminuir de velocidad y fueron pasando por el rectángulo que marcaría el resultado un lanzacohetes, un kit médico, un jetpack, dos revólveres que intuyó tendrían munición infinita como los de aquel rival al que se enfrentó con Riva, una metralleta invisible, un sable láser y por último el ítem ganador.

- ¡Oh venga ya! - exclamó Jarel echando la cabeza al cielo y elevando las manos en señal de frustración, a sabiendas de que le estaban observando-. ¿Estáis de coña? ¿Esto es una bonificación?

La manzana que le fue dada como premio se materializó sobre su mano, y Jarel, frustrado, la lanzó con todas sus fuerzas como si pudiese sacarla del escenario y atizar con ella a alguien de fuera de la simulación, pero como era de esperar, la fruta simplemente se desintegró en la distancia, para acto seguido golpearle por la parte de atrás de su cabeza.

Jarel se sobresaltó, y estuvo a punto de comenzar a vociferar impropiedades tanto a los programadores como al público, pero finalmente decidió cerrar los ojos y respirar profundamente para calmar sus nervios. Aquello no le ayudaría en absoluto a salir de allí con vida. Es más, seguro que cuanto más se revelase contra ellos, más se burlarían de él, y casi podía oír al público riéndose a todo pulmón de su frustración.

Resignándose a aceptar su premio, se guardó la roja y apetecible manzana en el bolsillo. Mientras estuviese conectado a una silla neurosensorial no podía tener, ya que la alimentación que le brindaban a través de las vías intravenosas era suficiente para mantenerle saludable durante toda la competición. Así que como mucho la podría usar de distracción, o intentar asfixiar a alguien con ella.

Finalmente, la barra de carga se llenó por completo y el campo de fuerza que le cubría se desvaneció, permitiéndole moverse y comenzar con la ronda.

Se encontraba en un erial lleno de tierra rojiza, a juego con el tono del cielo, en el que no había ni rastro de vegetación. Lo único que rompía un poco con la monotonía del ambiente eran algunas que otras ruinas de roca destrozadas por la abrasión, y pequeños montículos de arena en forma de pequeñas dunas móviles en función de las rachas de viento.

Era complicado respirar, ya que el aire transportaba multitud de partículas de polvo que se agolpaban en la cara, produciendo la sensación de ser golpeado por miles de diminutas agujas en el rostro.

A lo lejos podía vislumbrarse una oscura torre que se erigía tras unas montañas hacia lo alto en el cielo tras toda aquella devastación, brillando lúgubre con tonos carmesí producidos por el reflejo de un agobiante y enorme sol cuyos rayos eran filtrados por las escasas nubes anaranjadas que se dibujaban en el horizonte.

Jarel echó un rápido vistazo a los alrededores en un intento de comprobar si había otros participantes cercanos, pero pese a no encontrar ninguno no podía bajar la guardia, ya que la visibilidad era bastante mala por culpa de la neblina ocasionada por toda aquella arena mecida por el viento.

Haciendo grandes esfuerzos comenzó su marcha, luchando contra una ventisca que cada vez se hacía más fuerte, y no fue hasta pasados unos minutos que se dio cuenta de que en su indumentaria para aquella fase contaba con un pañuelo al cuello que pudo colocarse a modo de turbante, protegiéndose el rostro con él. No era mucho, pero suponía un gran alivio.

De no ser por aquella enorme torre en el horizonte, no habría sabido hacia donde avanzar, pero era obvio que si en un paisaje tan desolado se podía identificar esa estructura, significaba que querían que se dirigiesen hacia allí. Seguramente todos comenzarían en un lugar tan apartado como él para ir avanzando matándose unos a otros hasta llegar a aquel edificio, donde se enfrentarían entre sí por ejecutar a la indefensa Mia.

Jarel sintió una punzada de dolor tan siquiera con imaginárselo. Solo era una niña. ¿Qué hacía en un concurso como ese? ¿En qué estaban pensando cuando la conectaron a la silla como un participante más? Aunque lo más lógico sería pensar que la introdujeron deliberadamente en el torneo para crear mayor expectación en aquella edición.

Tras andar lo que a Jarel le parecieron horas, decidió tomarse un descanso en unas de las múltiples ruinas que había desperdigadas por el lugar. Estaban muy deterioradas, y parecía mentira que aún pudieran erigirse sin desmoronarse ante el azote del viento, pero al menos le servirían para resguardarse durante un rato del viento, pues sus músculos

estaban cansados y cada vez le costaba más avanzar.

Tras parapetarse al abrigo de un pequeño muro, Jarel se bajó el pañuelo para intentar recuperar el aliento, pero aun así le costaba respirar. Pareciera que estuviera en el mismísimo infierno. Además, los ojos le escocían como si le hubieran echado ácido en ellos, debido a la gran cantidad de arena en el ambiente. Ya podrían haberle tocado unas gafas en vez de aquella triste manzana.

Por otro lado, el calor era muy agobiante, y sentía tentaciones de quitarse capas de ropa, pero sabía que dejar la carne expuesta bajo el sol y ante tanta abrasión, no era buena idea. Quizá fuera un mundo virtual, pero tenía que aguantar con el cuerpo intacto hasta el fin de la ronda o no duraría mucho en el combate que le aguardaba más adelante.

Pero el descanso no le duró mucho, siendo asaltado por un rival que se abalanzó sobre él desde un saliente por encima de donde se recostaba, golpeándole fuertemente la cabeza contra el suelo.

Un fuerte pitido se adueñó de su oído izquierdo mientras todo comenzaba a darle vueltas. Podía notar también cómo un viscoso y cálido hilo de sangre le resbalaba por el rostro.

Jarel intentó incorporarse para hacer frente a su agresor, pero todo lo que vio fue una gruesa bota que se dirigió directa hacia su cara.

Con un ágil movimiento rodó en el último momento en hacia un lado y soltó desde el suelo una patada en abanico para desequilibrar a su rival, que se precipitó de espaldas contra el muro.

Mientras intentaba incorporarse, aún mareado por el golpe, Jarel no pudo evitar pensar en cómo los organizadores habían acertado de lleno al crear aquel nivel. Pese a no obligar a nadie a matar más allá del objetivo principal, habían sembrado la semilla con la que generar el caos total durante la ronda, ya que ningún participante iba a arriesgarse a dejar con vida a otro para que más tarde le matase por la espalda o le robase el objetivo. Si el público quería ver sangre, se iba a hartar.

Aprovechando la breve confusión sufrida por su rival, Jarel se dispuso a golpear a su agresor con el codo en la garganta, pero éste se anticipó, agachándose para esquivar el impacto y abalanzándose contra él, cayendo ambos al suelo.

Jarel quedó aprisionado bajo las rodillas de su fornido agresor, que se le clavaban en las costillas mientras le estrangulaba con las manos. Boqueando en busca de aire, trató de encontrar a tientas por el suelo algo con lo que defenderse. Por un momento pensó en usar la manzana que aún llevaba en el bolsillo, pero no era el momento de exprimirse un zumo,

así que optó mejor por una roca que había a su derecha, con la cual le golpeó fuertemente en la sien, consiguiendo zafarse del abrazo mortal de su enemigo, aprovechando para apartarse mientras se frotaba el dolorido cuello y aspiraba profundamente para recuperar el aire.

Pero el golpe solo había enfurecido más a su contrincante, que se dispuso a contraatacar. Jarel analizó en apenas unos segundos sus alrededores, y rápidamente se lanzó corriendo hacia una columna, trepó por ella con tres ágiles pasos y dio una voltereta hacia la espalda de su enemigo, que no fue capaz de frenar su embestida, golpeándose contra la dura roca. Ante la conmoción sufrida por su rival, Jarel aprovechó para propinarle una patada lateral que lo lanzó contra un saliente metálico donde tiempo atrás debió haber colgada alguna lámpara, atravesando el cuerpo de su rival, que emitió un agónico quejido antes de perder la vida y desaparecer en miles de partículas que se elevaron en el cielo

Unas melodiosas campanas tañeron en la distancia, haciéndose hueco a duras penas entre el sonido de la ventisca que golpeaba contra las rocas de las ruinas, y acto seguido se materializó una nueva ruleta frente a él, esta vez etiquetada como "Ruleta de Asesinato", como bien leyó una voz femenina metálica que resonó en sus oídos.

"Parece que después de todo sí que se trata de una ronda de bonificación...", pensó Jarel, que esperaba que nadie se enterase de ello antes de tiempo o todo se volvería mucho más peligroso, aunque si algo había aprendido de aquel concurso era que se buscaba la emoción por encima de todo, lo que probablemente significaría que aquellas campanas y la voz que las acompañó habrían sonado para todos los participantes, con el fin de avivar las llamas de la batalla.

Al fin la suerte le acompañó, y lo que se materializó en su mano fue el mango de un arma bautizada por la voz como nanokatana, la cual constaba de una empuñadura de acero nacarado con un botón en su parte superior que si se pulsaba abría un compartimento que dejaba escapar un fino polvo de nanopartículas que reconstruían el filo de la katana, de un similar color iridiscente, en apenas unos segundos.

Jarel volvió a presionar el pulsador, que, siguiendo el orden inverso, hizo descomponerse la hoja del arma en miles de fragmentos que quedaron recludos nuevamente en el mango, pudiendo fácilmente anclarlo en su cinturón.

Finalmente, y pese al malestar que sentía al verse obligado a participar en una ronda tan macabra, se permitió escapar una leve sonrisa al ver cómo su suerte estaba comenzando a cambiar.

Sin embargo, tras un par de horas más caminando por aquel devastado yermo en el que se encontraba, no quedaba en su rostro ni rastro de

aquella breve alegría transitoria. Apenas sentía las piernas, y su piel parecía a punto de derretirse en cualquier momento bajo el mortífero sol abrasador que permanecía incansable en lo alto del firmamento.

Lo único que le motivaba a seguir adelante era ver cómo las montañas que horas antes veía inalcanzables, se encontraban ahora a pocos kilómetros de distancia. Entonces, mientras paraba unos instantes a recuperar el aliento, algo llamó su atención: unos ligeros y serpenteantes brillos que se desplazaban por el aire a unos metros de él.

Jarel avanzó unos pasos hasta posicionarse enfrente de aquella anomalía, observando cómo se distorsionaba ligeramente la escena ante sus ojos. Pese a sus sospechas de qué podría tratarse, prefirió ser cauteloso y hacerse con una roca para lanzarla al otro lado de aquella especie de campo de fuerza que le cortaba el paso, la cual provocó una dispersión en el mismo que se expandió hacia los lados como ondas en un estanque, para acto seguido rodar por hacia delante sin sufrir alteración alguna.

Aun dudoso, pues no era lo mismo pasar su cuerpo a través de aquel escudo en vez de un objeto inerte, Jarel decidió elevar su mano y atravesarlo con ella. Una nueva dispersión se propagó por el invisible escudo, pero pudo ver cómo su extremidad alcanzaba el otro lado sin ningún rasguño, aunque algo era diferente: el intenso frío que se sentía allí.

Tampoco tenía mucha más alternativa si quería continuar avanzando, así que decidió atravesarlo, viendo como todo a su alrededor dejaba de ser un desierto sofocante para convertirse en un paraje nevado que helaba la sangre.

Jarel echó la vista atrás, observando todo cuanto había recorrido anteriormente ahora se hallaba cubierto bajo una densa capa de nieve.

Por mucho que le costara admitirlo, aquel cambio inesperado de ambientación le había parecido increíble. Por un instante sintió tentaciones de retroceder hacia el yermo, para a continuación saltar hacia el paisaje invernal, y así una y otra vez como si fuera un niño con un juguete nuevo, pero debía seguir adelante.

Ante él seguía vislumbrándose la torre oscura a la que debía llegar, cada vez más cerca, parcialmente oculta por escarpadas e imponentes montañas que se erguían ante él. Haciendo un cálculo rápido, lo más probable era que, si la distancia de la nueva zona era similar a la que acababa de recorrer, aún le quedase un nuevo escenario más por atravesar antes de llegar a su destino. Fue entonces cuando agradeció no haberse quitado finalmente ninguna capa de ropa, puesto que aquello habría significado el fin de su recorrido tras una lenta y agónica muerte

por hipotermia.

Mientras oía una vez más las fatídicas campanas que indicaban una nueva víctima, y que durante su recorrido a través del yermo había aprendido a ignorar, se ajustó nuevamente el pañuelo, esta vez para evitar la ventisca de nieve que había sustituido a la de arena que había sufrido anteriormente, y comenzó ascender por la ladera, aferrándose de vez en cuando a las rocas del terreno para no caer rodando.

Apenas una hora después llegó a una zona rocosa elevada que le obligaba a introducirse por un serpenteante desfiladero sin nada más que un pequeño saliente de apenas unos centímetros por el que atravesarlo para poder seguir el camino.

Sabía que no debía mirar abajo, pero no pudo evitarlo, sintiéndose mareado al comprobar como la profundidad de la caída era tal que bajo sus pies no podía más que ver la blancura ocasionada por la neblina que cubría el lugar debido a la ventisca. No sabía si era realmente por la altura o un modo de ahorrarse renderizar una zona no necesaria de la simulación, tal y como hacían en los juegos de plataformas retro que podían encontrarse en algunos servidores privados de la red, pero la sensación de peligro se la provocaba igual.

Paso a paso, sin apartar la espalda de la áspera roca, fue avanzando por el resbaladizo saliente, viéndose obligado en más de una ocasión a aferrarse a alguna afilada roca para no caer al abismo. No tenía guantes, por lo que se hizo varios cortes a lo largo del recorrido, pero gracias al elevado frío del ambiente, apenas salía una gota de sangre de su cuerpo.

Tan solo unos pocos pasos más y consiguió doblar una esquina que esperaba que significase el fin de aquel temible recorrido, pero no hizo otra cosa que encontrarse en un punto muerto. Si quería seguir avanzando debía colarse por una brecha en la parcialmente helada pared de roca que se situaba más adelante, y para ello tendría que llegar a otro saliente en frente de donde se encontraba, separado una distancia considerable por el infinito abismo a sus pies.

No era un salto fácil, puesto que no tenía mucho margen de maniobra para propulsarse, ni lugar al que asirse al llegar al otro lado, pero estaba claro que en un entorno simulado todo existía por algo, por lo que debía ser posible, lo cual no significaba que fuera a ser fácil.

Jarel respiró hondo y comenzó una cuenta regresiva en su mente, finalizada la cual se lanzó hacia delante, tratando de aferrarse como buenamente pudo al muro de roca de delante, pero por desgracia lo que halló de apoyo fue un triste y delgado carámbano, que tras unos instantes

cedió con un pequeño chasquido, haciéndole precipitarse al vacío.

Sin saber cómo, Jarel reaccionó instintivamente y activó su nanokatana, incrustando la hoja en el hielo que cubría esa parte de la montaña, frenando su caída, hasta que nuevamente se fracturó, cediendo ante su peso, desprendiéndose en multitud de afilados fragmentos que cayeron sobre él mientras se balanceaba colgando de un saliente que por fortuna había quedado al descubierto durante el desprendimiento junto a la apertura una cueva que hasta entonces había permanecido oculta.

No le quedaban muchas fuerzas, y podía sentir cómo los múltiples cortes de sus ya de por sí heladas y doloridas manos le palpitaban, lo que convirtió en una tarea titánica el elevar su cuerpo para poder llegar a suelo firme, donde al fin pudo desplomarse boca arriba jadeante.

Lentamente fue recuperando el aliento y calmando su pulso, girando el rostro para reparar en la cueva en la que se encontraba. Parecía ser una especie de templo excavado en la roca, al cual se accedía a través de unas escaleras de piedra que comenzaban al fondo de la enorme cueva, tras un largo pasillo lleno de estatuas, algunas de las cuales portaban unas antorchas de fuego blanco que llenaba la sala de hermosos y cambiantes reflejos procedentes de los numerosos cristales de hielo que la poblaban.

No sin un par de quejidos, Jarel finalmente se incorporó y comenzó a descender por la roca hasta el comienzo del pasillo, oyendo como sus pasos resonaban por todo el lugar como si se trataran de los pies de un gigante.

Esperaba que no hubiese nadie escondido por allí, ya que era imposible que pasase desapercibido con todo ese ruido, sin contar con el espectáculo que acababa de montar montaña arriba.

Cada una de las estatuas que custodiaban el corredor estaban talladas con gran detalle, simulando posiciones que, pese a su escaso conocimiento del tema, parecían provenir de distintas clases de artes marciales.

Finalmente llegó hasta las escaleras, al final de las cuales se hallaban unas inmensas puertas de madera que permanecían abiertas brindando acceso al templo de roca, el cual estaba decorado con numerosas incrustaciones doradas. Con un poco de suerte, aquel lugar serviría de paso subterráneo y podría atravesar la montaña, ahorrándose el tener que volver a ascender a aquél escarpado paraje lleno de peligros que le había terminado por hacer caer allí.

La entrada se encontraba custodiada a su derecha por una estatua de un monje sosteniendo una de las blanquecinas antorchas, y a la izquierda por una joven meditando. Pese a su aspecto rocoso, la delicadeza con las que

estaban esculpidas era increíble, casi parecían reales.

Jarel se acercó un poco más a la escultura de la mujer, observando con asombro cómo los diseñadores de la simulación habían cuidado hasta el más mínimo detalle de aquel lugar, aun con el hecho de que, de no ser por su error de cálculo durante el salto, ni siquiera habría visto nadie. Alargó una mano para palpar la textura de su rocosa piel, a lo que la estatua respondió abriendo los ojos y lanzándose sobre él, que cayó al suelo, donde ya había empezado a acostumbrarse a acabar.

Su agresora entonces se abalanzó sobre él, y durante el forcejeo la mano de Jarel rozó su rostro, eliminando el polvo que cubría la piel de la joven, quedando patente lo ingenuo que había sido al sucumbir ante semejante truco barato.

En un intento de quitársela de encima, ambos rodaron escaleras abajo, golpeándose una y otra vez con los afilados y fríos escalones hasta quedar ambos tendidos en el suelo, cada uno a un lado.

Jarel aún se sentía dolorido de su anterior accidente, pero eso no era suficiente razón para explicar la increíble diferencia de velocidad con su adversaria, que ya se había puesto en pie y volvió a arremeter contra él como si se tratase de un depredador abalanzándose sobre su presa. Quizá no fuera una estatua, pero parecía más un animal que una persona.

La mujer sacó un fragmento de roca afilada de su bota y lo situó sobre el cuello de Jarel, gesto que acompañó con una perturbada sonrisa, contrastando en gran manera el blanco de sus dientes con la oscuridad de su rostro aún cubierto en su mayoría de polvo.

- Zaiya - susurró animada la jadeante joven.

- ¿Qué? No hablo tu idioma... - espetó un Jarel confuso, que dudaba de si esa mujer era un participante o una indígena que habían colocado ahí virtualmente para dificultarle su avance.

- Me llamo Zaiya, idiota - sonrió la joven, que se mordió la lengua como si acabase de hacer una travesura.

Jarel frunció el ceño, confuso. Quizá sí que fuera una participante, pero estaba claro que no estaba muy bien de la cabeza.

- ¿Y a qué estás esperando, Zaiya? - inquirió desafiante, aún con el cuchillo clavándose en su cuello, donde antes había reposado el pañuelo que en algún momento de todo aquel caos parecía haber perdido.

Zaiya inclinó la cabeza mientras volvía a sonreír, para acto seguido levantarse de un salto y dejar su cuerpo libre. Jarel permaneció ahí

tendido, sin saber cómo reaccionar ante tan desconcertante rival.

- ¿Es que no has oído las campanas? Sabes perfectamente que si me matas te darán un arma mejor que ese trozo de piedra ¿Por qué...? - intentó preguntar Jarel mientras intentaba levantar su dolorido cuerpo, pero no fue capaz de acabar, ya que Zaiya realizó un rápido giro sobre sí misma con la agilidad de una bailarina, posicionándose a su espalda y volviendo a apoyar su improvisada arma sobre el cuello de su víctima.

- No soy idiota, favorito - susurró a su oído con una voz suave y melódica que le hizo estremecerse-. Si lo eres es por algo, y cualquier arma que gane me servirá de menos que tenerte de aliado hasta el final de la ronda.

Jarel podía sentir su cálido aliento en el cuello mientras hablaba. No era la primera vez que amenazaban su vida, incluso antes de participar en el VRC, pero nunca le había latido tan fuerte el corazón como en aquella ocasión. Esa mujer, Zaiya, era como una fiera en todos sus movimientos: lentos pero ágiles, calculados e inesperados. Tal era el dominio que había conseguido sobre él, que para cuando Jarel se dio cuenta de que ya no tenía el cuchillo apuntando a su carótida su rival ya había vuelto a cambiar de posición y le sorprendió al encontrársela de frente, con su rostro a escasos centímetros del suyo.

- ¿No estás de acuerdo, favorito? - volvió a soltar en un susurro, acompañada de la hermosa pero siniestra sonrisa que tanto la caracterizaba.

Jarel quiso responder, decirle a aquella mujer que estaba loca si pretendía que confiase en ella, pero entonces Zaiya se llevó la mano a la boca y sopló, lanzando contra su cara una pequeña nube de polvo que le hizo apartarse y parpadear varias veces intentando recuperar la visión.

Apenas un par de segundos después se giró para enfrentarse de nuevo a ella, pero ya no estaba. Comenzó a dar vueltas en su busca, hasta que un chapoteo proveniente de una pequeña balsa de agua oculta detrás de unas rocas a su derecha le permitió localizarla.

El cómo era capaz de moverse tan rápidamente sin hacer nada de ruido era algo que Jarel no lograba entender, pero a esas alturas tampoco se molestó en hacerlo. No importaba quien fuese aquella mujer, sería una buena aliada temporal, aunque sabía que no podría fiarse de ella. De todas formas, si le hubiese querido muerto, ya lo estaría, así que tampoco es que tuviese mucha alternativa.

Segundos después Zaiya salió del agua y se dirigió hacia él, ahora luciendo una piel pálida y limpia, surcada por numerosas gotas de agua, que contrastaba con el colorido turquesa de sus ojos, los cuales parecían

casi irreales, conteniendo el mismo brillo que el hielo que les rodeaban. Su cabello moreno, parcialmente recogido en diversas trenzas laterales y suelto por detrás, le otorgaba el aspecto de una guerrera tribal. Su delgado cuerpo, que ahora comenzó a cubrir con gruesas prendas de ropa, parecía fuerte y grácil a pesar de su corta estatura.

- ¿Nos vamos a por la niña? - soltó en tono cantarín, comenzando el ascenso nuevamente por la escalera.

Jarel se quedó un instante pensativo, intentando asumir la mezcla de emociones que le provocaba Zaiya, la cual se comportaba como una joven con serios problemas de cabeza, pero al mismo tiempo le transmitía una sensación de serenidad increíblemente extraña, como si fuera alguien con experiencia en quien pudiera llegar a confiar. Pero rápidamente borró esa idea de su mente. Aunque caminasen juntos hacia la torre, pues no tenía mucha más alternativa, no pensaba poner su vida en sus manos.

- No tengo intención de matarla. Hay otra opción para pasar de ronda - respondió Jarel mientras se apresuraba a seguirla.

- A mí eso me da igual - soltó la joven, que terminó de subir las escaleras de un salto y se acercó a las puertas con un par de brincos, asomándose por un lateral de la puerta para vislumbrar su interior ante de decidir que era seguro internarse a través de ellas-. Yo solo busco seguir con vida hasta llegar al objetivo, ya sea uno u otro. Además... - añadió Zaiya, esta vez susurrándole nuevamente en el oído, sin saber Jarel en qué momento se había vuelto a situar a sus espaldas-. Somos rivales.

Y tras emitir una suave y jovial risita, volvió a separarse de él con nuevo un salto y a seguir caminando a través de aquella excavación de roca en forma de templo, que se prolongaba a través de una profunda oscuridad solo rota por algunas que otra antorcha ocasional que pendía de las paredes.

Tenía razón. Aunque estableciesen una tensa alianza temporal durante aquella ronda, al llegar a la torre deberían enfrentarse por la clasificación, por lo que volverían a ser rivales.

Jarel suspiró. Hace unas horas había sonreído pensando que su suerte había cambiado, pero ahora lo empezaba a dudar. Iba a ser un largo camino con esa peculiar mujer correteando a su alrededor.

Capítulo 6

Capítulo 6: Sentimientos

- Ayúdame... - susurró una voz en la oscuridad-. Por favor, Tran, ayúdame...

A la confusión de oír aquella voz susurrante de la que era incapaz de ubicar el origen se sumó el intento de asimilar si ese era su nombre, puesto que no recordaba nada, ni quien era ni dónde se encontraba. Lo único que conocía con certeza era que se encontraba en mitad de un concurso a vida o muerte en un entorno virtual, pero el motivo seguía siendo un misterio.

- Tran... ¿Por qué no me ayudas?

Ahora la voz se escuchaba más cercana, y más apremiante, por lo que decidió acelerar el paso tratando de hallar su origen.

-Tran...

A lo lejos pudo vislumbrar al fin algo en medio de aquella profunda oscuridad. Una luz blanquecina borrosa en la distancia. Con paso raudo comenzó a aproximarse a ella, mientras la voz que le pedía auxilio aumentaba cada vez más en intensidad y desesperación.

Cuando finalmente estuvo lo suficientemente cerca pudo observar cómo la luz que había estado persiguiendo se tornaba en el rostro pálido y cansado de una mujer de cuyos ojos brotaban sin control numerosas lágrimas.

- ¡Ayúdame! – gemía entre terribles sufrimientos.

Tran ahora corría como si le fuera la vida en ello, alcanzando finalmente su objetivo y tendiendo una mano a aquella mujer que gritaba su nombre en busca de auxilio, pero cuando sus dedos entraron en contacto con su rostro, éste se prendió en llamas para su asombro, acompañado de un alarido de dolor que le estremeció la sangre.

- ¿iPor qué no hiciste nada?!

Tran alzó su otra mano en un intento de aferrar su rostro y ayudarla a escapar de su prisión flamígera, pero entonces la ilusión se deshizo y pudo ver cómo su propia piel comenzaba a carbonizarse en el abrasador fuego de una de las antorchas que alumbraba la cueva helada en la que se encontraba.

- ¡Ayuda!

Esta vez la voz era más fuerte, a pesar de la evidente lejanía en la que se encontraba, y Tran pudo comprender que era real, no una mera alucinación como la que acababa de presenciar.

Tras romper en dos el pañuelo de su cuello y vendar sus doloridas manos, Tran aferró la vara de madera que colgaba a su espalda y la activó, extendiéndose y materializando en su extremo superior una afilada hoja hasta conformar una naginata que cargó a su hombro mientras emprendía una carrera en busca de aquella mujer que buscaba ayuda.

Sabía que en aquella simulación debía tratar de sobrevivir a toda costa, y no intentar ayudar al resto de concursantes, pero no podía evitar socorrer a alguien en apuros. Ni siquiera podía decir que fuera buena persona, no lo recordaba, así que sentía la necesidad de actuar conforme a su primer instinto, y ese era ayudar a aquella mujer.

La visión en el túnel que conformaba la larga cueva que llevaba horas explorando era reducida, lo que ralentizaba su movimiento, puesto que hasta que no estaba lo suficientemente cerca no era capaz de distinguir los accidentes rocosos que se encontraban a su paso para poder sortearlos. Sin embargo, en nada se parecía a la absoluta oscuridad que momentos antes había nublado su mente.

De forma increíblemente hábil para estar cargando con un arma de semejante calibre sobre sus hombros, fue esquivando a saltos cada uno de los obstáculos que se encontró en su camino hasta que poco a poco se abrió paso hasta el exterior de la cueva, de donde parecía proceder la voz.

Nada más atravesar el umbral, una nueva transición hizo virar el paisaje nevado del que procedía a una selva tropical increíblemente frondosa y de enormes cascadas bañada por un brillante sol que generaba una agobiante atmósfera de humedad.

Todo cuanto se extendía ante sus ojos era mucho más hermoso que lo que llevaba visto hasta ahora, pero apenas tuvo tiempo de contemplar el entorno antes de que un kyoketsu, que se trataba de una suerte de cuchillo aferrado mediante una cadena a un aro de metal empleado según los registros de la ciudad hace muchos años por una antigua civilización, fuese lanzado directamente hacia su cabeza, la cual apenas tuvo tiempo de apartar unos centímetros, suficiente para producir el rebote del arma contra el muro de roca recubierto de lianas que daba entrada a la cueva de la que acababa de salir.

Era evidente que había caído en la trampa más simple de la historia. Ya fuese apelando a su deseo de ayudar o de dar caza a alguien indefenso, la

mujer que había pedido ayuda había logrado su objetivo de atraer a otro participante a una emboscada de tres personas en lo alto de una plataforma que enlazaba con un largo puente colgante que atravesaba una enorme caída en lo alto de toda aquella selva que se extendía hacia adelante rumbo a la torre que trataba de alcanzar.

Mientras su atacante tiraba de la cadena para recuperar su arma, el otro hombre comenzó a disparar hacia Tran, que se vio obligado a realizar una finta para esquivar las balas al tiempo que propinaba un fuerte estacazo con la madera de su naginata directamente a la mano con la que sostenía el arma, que salió despedida por los aires.

La chica que le había tendido la emboscada tampoco se quedó de brazos cruzados, abalanzándose sobre él machete en mano. Tran dio un salto atrás para esquivarla, ya que si bloqueaba con su arma la arremetida de su contrincante acabaría con la misma dividida en dos.

Tran analizó rápidamente la situación, encontrándose en lo alto de una plataforma increíblemente alta con la entrada a la cueva en frente y el comienzo del puente a sus espaldas, siendo rodeado por los tres atacantes que parecían haberse aliado, aunque ahora que no contaban con el arma de fuego tendría posibilidades de sobrevivir, si bien no iba a ser fácil.

Tanto la mujer como el hombre que anteriormente había empuñado la pistola arremetieron contra él, este último blandiendo un cuchillo que acababa de desenfundar de su cintura.

Si todos ellos poseían una o incluso dos armas, solo podía significar una cosa que se habían enfrentado a más participantes con éxito, por lo que no debía subestimarles.

Con un rápido movimiento de manos Tran giró su arma para arremeter contra sus rivales, provocando un profundo corte en el brazo de la mujer, y haciendo retroceder a su aliado, pero aquello le dejó a merced del ataque del tercero de sus atacantes, obligándole una vez más a dar un paso atrás, introduciéndose en el puente colgante de madera que había a sus espaldas.

Una breve vista a la caída que había bajo sus pies le bastó para saber que se encontraba en una situación bastante peligrosa.

Sus tres enemigos permanecieron inmóviles en la plataforma, planteándose brevemente si romper la cuerda del puente o arremeter nuevamente contra él, tomando finalmente esta decisión ante la obviedad de que, si no efectuaban una muerte directa, se quedarían sin el arma de bonificación. O quizá solo por el hecho de no tener que buscarse otro camino hacia la torre y arriesgarse a llegar a la torre cuando ya alguien hubiese acabado con la vida de la chiquilla. De cualquier modo, no

parecían los típicos a los que les gustase trabajarse las cosas demasiado, sino más bien de los que tomaban atajos.

Tran retrocedió lentamente mientras uno de sus enemigos comenzó a andar hacia él al tiempo que giraba el aro metálico de su kyoketsu para coger inercia. Los otros dos se situaron a cada uno de sus lados, ya que el puente, aunque parecía poco estable, poseía una anchura tal que podían caber los tres sin problemas, lo cual no le facilitaba mucho las cosas.

Sin embargo, para cuando su enemigo arrojó finalmente el aro metálico hacia él estaba preparado, dejando que se enrollase la cadena en su naginata para posteriormente, de un fuerte y brusco tirón, arrancársela de las manos, haciéndola girar en un arco de trescientos sesenta grados devolver el filo contra ellos.

Sus dos compañeros se habían adelantado buscando aprovechar el ataque del tercero en su favor, por lo que pudieron esquivar fácilmente la cuchilla. Sin embargo, el portador original del arma se encontraba aun tratando de recuperar el equilibrio tras el fuerte tirón que le arrebató el arma cuando vio que esta llegaba de nuevo hacia él, no pudiendo evitar el impacto, clavándose el filo en su pecho.

Tran entonces realizó un ágil giro de muñecas para permitir que la cadena volviese a desenroscarse y vio cómo su rival, empujado por la inercia y el shock, trastabillaba hacia un lado, chocando su cuerpo con la cuerda del puente y precipitándose al vacío.

El movimiento de la pasarela provocado por la caída de su contrincante, unido al que Tran había tenido que realizar para liberar su arma a tiempo le hizo perder el equilibrio, teniendo que apoyar una mano en los tablones de madera a sus pies para no seguir su misma suerte, lo que le impidió hacer un buen bloqueo de la arremetida de la mujer, limitándose a parapetarse con la vara de su naginata, en la cual quedó clavado el machete, a escasos milímetros de atravesarlo e impactar contra su rostro.

Dispuesto a aprovechar aquella circunstancia en su favor, Tran terminó de partir su propia arma para acto seguido clavar la astillada madera en la pierna de la mujer, que cayó al suelo con un grito de dolor. Entonces se dispuso a rematarla con la afilada hoja del otro fragmento, pero finalmente tuvo que emplearlo en bloquear el ataque del cuchillo de su otro contrincante.

Acto seguido se puso en pie y le hizo retroceder de una patada, permitiéndole recuperar algo de espacio, gracias a lo cual cuando la mujer, que se había arrancado con un grito de frustración la estaca de su pierna, se abalanzó contra él con los ojos inyectados en sangre, pudo

bloquearla con cierta facilidad, quedando de espaldas y a su merced.

Tran se dispuso a asestar el golpe de gracia, pero nuevamente el ataque del otro rival se interpuso, su cuchillo hacia él, que acabó clavado en su hombro, haciéndole soltar el fragmento de su arma, que rodó por el suelo y cayó al vacío.

Sin poder hacer nada para detenerla, la mujer arremetió nuevamente con su machete, a lo que Tran se limitó a elevar el brazo en un vano intento de protegerse del impacto, el cual habría sido fatal de no ser porque la ruleta que se había dibujado en el aire tras la eliminación del primero de sus rivales materializó sobre su mano un guantelete medieval que le permitió bloquear el golpe.

La mujer, que ya de por sí tenía el rostro contraído por la ira, abrió ahora mucho los ojos al ver frustrada como su victoria se había volatilizado de repente, sorpresa que compartía Tran, quien no había sido consciente de la ruleta hasta haber recibido la recompensa.

Sin embargo, él fue más rápido en recuperarse del shock inicial, alejando lo suficiente a su rival de él para poder sacar con su mano izquierda el cuchillo que permanecía clavado en su hombro y emplearlo para seccionar su yuglar.

Tran y el otro de los atacantes se quedaron quietos unos instantes, observándose. Ya solo quedaban ellos dos con vida, así que sería un combate de uno contra uno. Sin embargo, ninguno parecía querer dar el primer paso de lo que irremediamente acabaría con la muerte de uno de ellos, pero tampoco tenían alternativa, pues ninguno podía fiarse del otro, y menos después de todo lo ocurrido.

Finalmente fue su rival el que inició la contienda, haciéndose con el machete de su aliada fallecida, y lanzando una serie de fuertes embestidas contra Tran, que logró bloquear todas ellas usando el guantelete como defensa. Sin embargo, parecía que no aguantaría muchos golpes más, pues sus componentes comenzaban a amenazar con quebrarse.

Esta vez sí que fue consciente de la ruleta que apareció ante él, pero el arma que le tocó no era ni más ni menos que un mero oso de peluche que apareció en la palma de su mano. Sin pensárselo dos veces, lo empleó de arma arrojadiza para lanzarlo contra el rostro de su rival, lo que le generó un breve instante de desconcierto que aprovechó para empujarle fuera del puente.

Pudo oír los gritos del hombre resonando por el aire mientras su cuerpo se perdía entre la espesura de los árboles, ocasionando que varias bandadas

de pájaros emergiesen de entre sus copas asustados.

Esta vez no recibió recompensa alguna, puesto que la muerte de su rival no había sido ocasionada directamente de su mano como en anteriores ocasiones, así que con lo único que contaba como arma para seguir adelante era un sonriente oso de peluche marrón de ojos y un pequeño cuchillo mellado cubierto de sangre que limpió en la ropa del único de los rivales que aún permanecía sobre el puente antes de que su cuerpo se deshiciese en partículas.

Tras guardar el arma en su bota y reemprender el camino rumbo a la torre por aquel amplio puente de madera que crujió bajo sus pies y se mecía por el viento, Tran se llevó una mano a su dolorido cuello, del cual aún colgaba el oprimente collar metálico con el que había aparecido al comienzo de la ronda.

- Sigues siendo igual de aburrido que hace dos horas - gruñó Zaiya, que puso los ojos en blanco y dio un sonoro suspiro de resignación.

Tras una larga caminata habían logrado atravesar el enorme templo de roca excavado en la montaña, a cuya salida les esperaba un brillante mundo selvático que ambos habían recibido animadamente por la posibilidad de contar por fin con un entorno agradable que recorrer, salvo por los grandes bichos que zumbaban a su alrededor.

Ambos, tras comprobar que se encontraban bastante cerca de la negra torre a la que se dirigían, dieron por hecho que no habría más cambios de clima y decidieron quitarse sus ropas de abrigo, que abandonaron por el camino ocultas tras la maleza para evitar que otros participantes siguiesen su rastro.

Sin embargo, Jarel sospechaba que no eran los únicos de los que tendrían que guardarse.

- Debemos avanzar en silencio - se limitó a contestar Jarel, haciendo caso omiso de la queja de su compañera, prestando especial atención al entorno que les rodeaba, incapaz de sentirse seguro por culpa de los numerosos movimientos producidos en las hojas del follaje por la brisa-. Los programadores no han puesto animales ni nada por el estilo en lo que llevamos de ronda, pero no podemos confiarnos. Sabes que buscan ante todo crear espectáculo, y este es un buen lugar para ello. Te convendría estar atenta.

- Yo siempre estoy atenta. Las apariencias engañan - increpó Zaiya frunciendo el ceño, y entonces, sin siquiera mirarle, aunque Jarel pudo casi sentir la pícara sonrisa dibujada en el rostro de la joven, añadió: O si

no mírate a ti, que no distingues una estatua de una mujer.

- Quizá es que no tienes mucha pinta de mujer - replicó Jarel a la defensiva, tildando su voz de un cierto matiz burlón con el que trató de pincharla.

- ¡Vaya! - exclamó Zaiya, que se puso de un salto delante de Jarel para sonreírle con sorna -. ¿Detecto sentido del humor?

- No, que va - respondió este con fingida seriedad, rodeándola para seguir su camino.

En otras circunstancias, incluso al principio de aquel morboso concurso, Jarel habría sido mucho más vacilón, pero los últimos acontecimientos le habían arrebatado las ganas de reír. En cierto modo le agradecía a aquella mujer lo que hacía, recordándole quién era en realidad, pero no podía evitar sentirse mal por sonreír en un momento como aquel, con la vida de aquella niña pendiendo de un hilo.

- ¿Y ahora sarcasmo? - continuó Zaiya andando marcha atrás sin dejar de observarle con su traviesa sonrisa.

- No, que va.

- Doble negación. Cuanta negatividad... - soltó la joven con un exageradamente apesadumbrado y ficticio tono de voz, que se giró de nuevo para andar al lado de Jarel, con una extraña confianza muy diferente a la tensión que sintió con Riva cuando ambos caminaron juntos durante la ronda de la ciudad.

- Doble negación. Cuanta negatividad - se burló Jarel, esforzándose de verdad en mantener la seriedad de su rostro.

Zaiya soltó una pequeña risotada, lo que finalmente le obligó a sacar una sonrisa, pese a sus esfuerzos por ocultarla y mantener un semblante serio y concentrado.

- Sabía que tenías sentido del humor. Pero estoy muy ofendida de que pienses que no parezco una mujer. Podría seducirte si quisiera, y no tendrías forma de evitarlo.

- Pf... Claro - rio Jarel, que esta vez no se esforzó por ocultarlo.

De repente la joven se paró en seco y se giró para quedarse mirándole fijamente con un semblante serio que no había visto hasta entonces, clavando sus brillantes ojos turquesa en los suyos.

Lentamente la joven se acercó a él, apoyando las manos sobre su pecho y poniéndose en puntillas, separando levemente los labios, que acercó hacia los de Jarel, que retrocedió el rostro apenas unos centímetros fruto de la sorpresa, antes de que sus sentidos se nublasen y cediese ante la hipnótica mirada de aquella peculiar mujer.

Zaiya entonces inclinó la cabeza y sonrió, rompiendo el hechizo que había aprisionado a Jarel por un momento, que entonces fue consciente del cuchillo que apoyaba sobre su estómago.

- Ha sido por el susto -sentenció Jarel, que permanecía en el sitio observando cómo la joven se daba media vuelta y continuaba su camino dando saltos con su habitual aspecto despreocupado y jovial.

- No, que va -replicó ella sonriente, repitiendo las mismas palabras que él había pronunciado anteriormente.

Jarel no pudo menos que sonreír y echar a caminar detrás de ella. Sin embargo, todo rastro de aquella sonrisa no tardó en borrarse de su rostro al oír una vez más las campanas que indicaban una nueva baja. Ambos continuaron caminando durante unos minutos sin decir nada, hasta que Jarel rompió el silencio:

- No busco hacer amigos. Eso al final lo vuelven en tu contra -dijo con un tono mucho más sombrío que antes, a lo que añadió-: Ya la he liado demasiado en este torneo.

Zaiya se paró y dirigió su mirada hacia Jarel.

- Tranquilo, si no es en la torre, será en la próxima ronda, o incluso en la final, pero te mataré.

Jarel no sabía muy bien si la seriedad de su voz significaba que no le importaba en absoluto, o si lo decía de forma apesadumbrada. De un modo u otro, poner voz a sus propios pensamientos era duro.

- ¿Qué? - replicó la joven con una nueva sonrisa tras observar la sombría expresión en el rostro de Jarel, recuperando su tono jovial de siempre-. Vale, te dejaré vivir lo suficiente para que seas el favorito unas cuantas rondas más. Y eso que me vendría bien la bonificación. Las armas no caen del cielo, ¿sabes?

Un fuerte impacto a sus espaldas les hizo dar un respingo.

Ambos se volvieron para contemplar el cadáver que yacía en el suelo en medio de un charco de sangre y con los restos de su cabeza desperdigados por el lugar, colgando de su pecho colgaba un reluciente kyoketsu. Como movidos por un resorte, los dos elevaron la mirada al

cielo. Finalmente fue Zaiya la que habló:

- Los exoescudos de combate no caen del cielo, ¿sabes? - soltó mientras elevaba una mano hacia donde instantes antes había caído el cuerpo, pero como era de esperar no sucedió nada-. Vaya... Habría estado bien.

Zaiya se acercó a recoger el arma, que ahora yacía suelta en el suelo, pues el cadáver se había desintegrado como tantos otros desde el principio del concurso, enrollando la cadena hábilmente alrededor de su cuerpo.

- ¿Ves? Ya no necesito matarte en esta ronda. ¿Puede salir tu sentido del humor a jugar un ratito más?